

# **NOTICIAS Y RECENSIONES**



***El vino y el banquete como expresión de poder y vínculo social en la Protohistoria europea***  
**(Fundación Universidad de Verano de Castilla y León, Peñafiel, Valladolid, 15-17 de septiembre de 2004)**

La divulgación de la intensa actividad arqueológica desarrollada en la ciudad vacceo-romana de *Pintia*, en los terminos de Padilla y Pesquera de Duero, ha sido uno de los objetivos prioritarios desde que el profesor Carlos Sanz liderara el proyecto de investigación a mediados de la década de los ochenta. La experiencia llevada a cabo, con el aval del aprendizaje logrado en las diferentes campañas de excavación, ha propiciado que se haya optado por una difusión dinámica y diversificada de su vasto patrimonio. Esta filosofía es la que subyace, por ejemplo, en la reciente exposición de la sala San Ambrosio del Museo de Valladolid que tenía por título *Pintia cotidiana y simbólica*, concebida y ejecutada por distintos especialistas para dar a conocer algunos de los resultados más recientes de las excavaciones arqueológicas realizadas en la zona (Sanz y Velasco 2003).

Entre las acciones llevadas a cabo sin duda una de las más satisfactorias han sido las actividades docentes, orientadas a completar la formación de los estudiantes implicados en las tareas de campo. Me refiero en concreto a los tres cursos monográficos dedicados a la etnia vaccea, organizados al amparo de la Fundación Universidad de Verano de Castilla y León y coordinados desde el Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Los dos primeros, que tuvieron lugar en la Abadía Retuerta de Peñafiel durante los veranos de 2001 (*Los vacceos, un pueblo en los albores de la Historia*) y 2002 (*Los vacceos: arqueología y fuentes*), ofrecían una visión amplia y actualizada de este grupo prerromano. Pues bien, la reciente identificación de muestras con residuos correspondientes a vino en va-

rias copas y recipientes de la necrópolis prerromana de *Pintia*, en pleno corazón de la Denominación de Origen Ribera del Duero, ofrecía una oportunidad única para plantear un nuevo ciclo de conferencias, esta vez sobre el arraigo de unas prácticas vinculadas al consumo del vino desde hace prácticamente veinticinco siglos.

Coordinado por los profesores Carlos Sanz y Fernando Romero, de la Universidad de Valladolid, y Javier Velasco, investigador asociado del Centro de Estudios Vacceos, del 15 al 17 de septiembre de 2004 se ha celebrado en el Museo del Vino, situado en el castillo de Peñafiel (Valladolid), el curso de verano titulado *El vino y el banquete como expresión de poder y vínculo social en la Protohistoria europea*. La organización del encuentro ha considerado un debate coherente centrado en los fenómenos de aculturación en los que se vieron inmersas las sociedades europeas de la Edad del Hierro. El resultado no pudo ser más enriquecedor, pues la pretensión de ofrecer una visión actualizada estuvo asegurada por el carácter pluridisciplinar y la presencia de especialistas a nivel nacional e internacional. Las intervenciones, cuyo texto resumido fue previamente repartido entre los asistentes, fueron planteadas buscando la caracterización de temas y territorios amplios, como exponemos a continuación: *El simposium griego. Una práctica social entre iguales* (R. Olmos), *Banquete y mundo funerario entre los etruscos* (S. Montero), *Vino, banquete y poder en la Europa centro-occidental, siglos VI-V a.C.* (P. Brun), *Vino, ritual y poder en la Europa Céltica* (F. Marco), *La recepción del vino en Tartessos* (S. Celestino), *Producción y consumo del vino entre los iberos* (F. Quesada), *Altas y favissae en la Céltica del Suroeste* (L. Berrocal-Rangel), *Arqueología y fuentes acerca del uso del vino en el ámbito celtibérico* (A. Jimeno), *Huellas del consumo del vino en las necrópolis vettonas* (J. Álvarez-Sanchís), *El vino en la Ribera del Duero: de los más antiguos testimonios a la consolidación del consumo entre las élites vacceas* (F. Romero, C. Sanz y J. Velasco). La realización de mesas redondas y la participación activa de los estudiantes permitía una fructífera discusión sobre los temas desarrollados en cada ponencia. Además, se realizó un viaje de estudio al yacimiento de *Pintia*, una de las urbes más importantes del valle medio del Duero, así como visitas guiadas al Museo Provincial del Vino y a una de las bodegas de la comarca.

Tomando como punto de arranque la civilización griega y la práctica del simposio, los organizadores del curso pretenden un acercamiento a las formas de consumo y los valores del vino en Europa Occidental en los albores de la Historia, con carácter preliminar a la presencia romana. Para ello se plantea la irradiación de este elemento de cohesión social a otras sociedades periféri-



cas de ámbito mediterráneo (etruscos, tartesios, iberos) y continental (celtas), cuya recepción se realizó bien directamente a través del comercio griego, bien de manera indirecta a través de otros centros intermedios. Queda claro que los vestigios arqueológicos del consumo del vino y el cultivo de este último van disminuyendo a medida que nos alejamos de la costa mediterránea hacia las tierras del interior (Dietler 1990), y esto es aún más elocuente cuando nos situamos en la Península Ibérica (Celestino 1995). Tampoco debemos olvidar que los trabajos sobre el vino en la protohistoria peninsular son relativamente recientes. Hasta hace bien poco los trabajos se centraban básicamente en los estudios tipológicos de posibles envases y recipientes. Desde el decenio de 1990, la creciente influencia de las corrientes interpretativas de carácter histórico conlleva que los trabajos de campo se rijan por parámetros cada vez más rigurosos y científicos. Paralelamente, la bibliografía especializada sobre el papel de la bebida y la comida en sociedades pretéritas ha experimentado un notable impulso -sirviendo de ensayo para nuevos tipos de análisis- lo que ha incrementado enormemente la información sobre aspectos poco conocidos, como las relaciones entre consumo, producción y sexo (VV.AA. 2004), o su evolución en tiempos largos (Engs 1995). La dimensión de la bebida también se ha discutido desde planteamientos etnoarqueológicos (Dietler y Hayden 2001). De manera que las excavaciones que se vienen desarrollando en el ámbito mediterráneo y atlántico han incrementado espectacularmente la información sobre aspectos poco conocidos, como la analítica química de residuos, dando así prioridad a los estudios de polen, carbones y semillas en aquellos lugares donde hay indicios de la existencia de vino (Celestino 1995). Todo ello nos está abriendo un camino

fundamental para conocer la actividad vitivinícola y las redes comerciales responsables de su difusión. Eso mismo supone la posibilidad de estudiar cómo se comporta la cultura material, principalmente copas griegas, ánforas púnicas y elementos de banquete relacionados con el consumo de carne, en la definición de los grupos sociales representados -más o menos fielmente- en los cementerios.

El curso, dirigido a estudiantes universitarios y de doctorado, a profesores de enseñanzas medias y superiores, al sector vitivinícola, y, en general, a todo el público interesado, supone un punto de partida hacia una reflexión crítica sobre el significado social de la bebida en la Prehistoria reciente europea y los procesos de interacción y aculturación en el mundo antiguo, aunque es posible que todavía falte de una interpretación teórica global y condicionado por los estudios de ámbito local. Debemos celebrar la pronta publicación de las ponencias en un pequeño libro de divulgación, máxime cuando varias bodegas de la zona vienen subvencionando las actividades del recientemente creado Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg", en un excelente ejemplo de mecenazgo e implicación con la cultura que es digno de elogio. No en vano, la madurez en la que se encuentra actualmente el estudio de la cultura vaccea en este sector del Duero, gracias al proyecto *Pintia*, se plasmará pronto en nuevas reuniones de este tipo, lo que, a buen seguro, contribuirá al avance de una investigación y divulgación de calidad.

Jesús Álvarez-Sanchís

Departamento de Prehistoria. UCM.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CELESTINO, S. (ed.) (1995): *Arqueología del Vino. Los orígenes del vino en occidente*. Jerez de la Frontera.
- DIETLER, M. (1990): Driven by Drink: The Role of Drinking in the Political Economy and the case of Early Iron Age France. *Journal of Anthropological Archaeology*, 9: 352-406.
- DIETLER, M.; HAYDEN, B. (eds.) (2001): *Feasts. Archaeological and ethnographic perspectives on food, politics, and power*. Smithsonian Institution Press. Washington y Londres.
- ENGS, R.C. (1995): Do traditional western european drinking practices have origins in antiquity? *Addiction Research*, 2 (3): 227-239. <http://www.indiana.edu/~engs/articles/ar1096.htm>
- SANZ, C.; VELASCO, J. (eds.) (2003): *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- VV.AA. (2004): *Recent books (since 1997) on the history of food and drink*. Research Centre for the history of food and drink at the University of Adelaide, South Australia. <http://www.arts.adelaide.edu.au/centrefooddrink/recentbooks.html>

***Encuentro de Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica.***  
**Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca (20 al 22 de octubre de 2003). Organizado por la Fundación Duques de Soria, con la colaboración de Caja Duero y la Universidad de Salamanca. Coordinación Científica: Prof. Angel Esparza, Carlos Cancelo Mielgo y Antonio Blanco González (Universidad de Salamanca)**

La idea de compartir e intercambiar ideas entre investigadores jóvenes que preparan sus trabajos de doctorado o tesis tiene una larga tradición en el mundo académico anglosajón pero no en el nuestro. La investigación es siempre, en un alto grado, una tarea solitaria. Sobre todo cuando se está iniciando una carrera investigadora y las oportunidades de levantar la vista del estrecho ámbito de la parcela de investigación de cada uno no son demasiadas. Por eso la convocatoria de esta reunión –espero que la primera de una serie que continúe en el futuro– ha sido una iniciativa novedosa, que buscaba como declara la propia convocatoria un marco de discusión entre iguales, animado por la necesidad de intercomunicación entre quienes trabajan sobre una problemática similar desde metodologías heterogéneas y posiciones teóricas diversas. Para ello se reunieron en Salamanca más de 50 jóvenes investigadores que trabajan en temas de la Edad del Bronce Final y de la Edad del Hierro de distintas instituciones de España y Portugal, con el patrocinio de la Fundación Duques de Soria que siempre muestra una gran sensibilidad hacia la investigación arqueológica y apuesta por proyectos e ideas novedosas. El formato de la reunión con intervenciones cortas de 15-20 minutos y amplias sesiones de debate se asemeja al modelo anglosajón y permitió, por un lado, obtener un buen panorama de las líneas y resultados de trabajos sobre el tema y por otro lado, tomar el pulso de la bases teóricas y metodológicas que alimentan la investigación de los más jóvenes arqueólogos.

Como señalaba al principio en el ámbito anglosajón son frecuentes los encuentros que buscan promover la investigación joven, ofreciendo foros de debate donde contrastar y someter a crítica las ideas, para más tarde dar mayor solidez a los trabajos que acaban siendo publicados. En cierta medida las famosas reuniones anuales del TAG (*Theoretical Archaeology Group*) son una buena imagen de lo dicho (Renfrew 2001) y no faltan los seminarios y reuniones monográficas para impulsar esos objetivos. Como los *Iron Age Research Student Seminars*, que se iniciaron en 1998 como reacción a otro foro dominado por académicos *seniors* (Claxton 2003; Hingley 2004). En el caso británico estas reuniones son una especie de feria intelectual donde los jóvenes más brillantes muestran su valía y los *seniors* de las universidades toman buena nota para futuros contratos. Ciertamente es un mundo competitivo, con mucha movilidad y opciones de puestos de investigación que tiene poco o nada que ver con el panorama español o el portugués. En cualquier caso van surgiendo iniciativas de este estilo en nuestras

facultades, por ejemplo en la mía se han celebrado ya, con gran éxito, tres Encuentros de Jóvenes Investigadores del Departamento de Historia Antigua en los que los doctorandos presentan la situación de sus tesis. Por otro lado la academia española es muy conservadora y, en general, poco proclive a la crítica, de hecho en los congresos y reuniones convencionales las verdaderas discusiones y debates críticos son raros. Y las posibilidades de que investigadores jóvenes cuestionen a profesores ya cómodamente instalados son prácticamente nulas. Todavía recuerdo y comento a menudo la impresión que me causo en uno de mis primeras estancias en el Reino Unido la demoledora crítica –consistente y bien argumentada– de un joven candidato a doctor a las tesis del catedrático de Arqueología de Oxford en un congreso multitudinario, quien terminó calmadamente diciendo “de manera que por todo lo dicho anteriormente Barry está equivocado”. Fantástico pero estaba en otro país, no en el mío.

Sin duda alguna la creciente formación de nuestros investigadores en centros extranjeros, iniciada en muchos casos con las becas Erasmus, explica en gran medida que esta iniciativa se haya pensado y, felizmente, se haya llevado a cabo. Como también queda muy claro que la proyección internacional de la arqueología española en revistas internacionales se debe, en gran medida, a los investigadores jóvenes (Rodríguez de la Esperanza y Ruiz Zapatero, en prensa). La amarga reflexión es que nunca como en la última década las salidas profesionales para los jóvenes arqueólogos han sido - y están siendo - tan dramáticamente difíciles.

¿Quiénes son y de dónde vienen los arqueólogos que se reunieron en Salamanca? En primer lugar la mayoría viene de departamentos universitarios, como colaboradores, becarios –los más afortunados– o simplemente meritorios adscritos a proyectos. Unos pocos están vinculados de diversas maneras al CSIC, algunos lo están a otras instituciones locales y muy pocos proceden de empresas de arqueología. No disponemos de mapas de especialización (véase p. e. en Francia Brun 2003) y por tanto no puedo precisar la importancia de los investigadores que trabajan sobre Bronce Final-Hierro en la universidad española, aunque la impresión fundada es que se trata con seguridad de un importante colectivo. Por lo que no tiene nada de extraño que la mayoría de los jóvenes investigadores de este periodo procedan del entorno universitario. La presencia del CSIC gira en torno al Instituto Padre Sarmiento de Santiago de Compostela y los Departamentos madrileños de Prehistoria y Arqueología.

Sólo tres empresas de arqueología, una vallisoletana, una madrileña y otra valenciana atendieron la convocatoria. Todas con un buen nivel y demostrando que la investigación arqueológica es posible desde la empresa. Aunque ciertamente resulta difícil por las condiciones en las que la mayoría de las administraciones autonómicas les hacen trabajar: la exclusiva consideración del trabajo de campo hace prácticamente inviable la investigación. Desde luego una asignatura pendiente sigue siendo la masiva participación de las empresas de arqueología en los trabajos de campo y contextos urbanos y la escasísima publicación de resultados, cuestión de la que realmente son responsables las administraciones autonómicas. Otro aspecto de este problema es la creciente sensación entre los arqueólogos de empresa de pérdida de una parte fundamental de la actividad arqueológica: la investigación y publicación final de resultados. Lo que no se publica no existe y probablemente no existirá en el futuro. En cuanto a la procedencia de los investigadores la mayoría la constituyen castellano-leoneses (la sede salmantina tiene obviamente mucho que ver), con 9 comunicaciones, y catalanes también con 9, con menor presencia de gallegos y madrileños, cada uno con 3. La participación portuguesa fue importante con 10 comunicaciones. Fuera de esas procedencias sólo cabe reseñar una comunicación andaluza y otra valenciana. Lo que significa la ausencia de más de la mitad de las Comunidades Autónomas. Algo perfectamente explicable por las características pioneras de la reunión y las dificultades de financiación de la asistencia por parte de los investigadores jóvenes.

Si consideramos las orientaciones teóricas quedó clara la existencia de un grupo reducido con sólidas inquietudes teóricas y una mayoría que se mueve en la órbita del paradigma histórico-cultural. De hecho una buena parte de los debates fueron acaparados por lo representantes del primer grupo y en alguna ocasión se observaron ciertos problemas para comprender lo que decía "el otro". El procesualismo con distintos matices, el materialismo histórico y, en menor grado variantes postprocesuales son los paradigmas de los jóvenes protohistoriadores más inquietos y preocupados por las bases teóricas que informan sus trabajos. Su vinculación a centros donde la teoría arqueológica ocupa un lugar importante no es casual, como tampoco lo es que ciertos rasgos –la buena escritura y oratoria– remitan igualmente a departamentos donde esas virtudes gozan de buena salud como es el caso vallisoletano.

En cuanto a la orientación temática de las contribuciones podríamos repartirlas en cuatro grandes bloques: a) teoría y nuevas aproximaciones, b) poblamiento y casos de yacimientos individuales, c) síntesis regionales o comarcales y d) materiales arqueológicos. En el primer grupo, con 8 comunicaciones, hay que destacar los análisis sobre la evolución de la fortificación en la cultura castreña del NO. (Parcerero), paisaje y estructura social en

el SO. de la Meseta (López Jiménez) y paisaje y aplicación de SIG (Uriarte). Las comunicaciones sobre poblamiento y yacimientos concretos constituyen el bloque mayoritario, 10 comunicaciones, con enfoques más menos tradicionales. Las síntesis regionales/comarcales –9 en total– alternan enfoques tradicionales con otros más novedosos y críticos, como la reivindicación de la prospección y su aplicación en la zona del Pirineo central (Ermengol, Jiménez y Oltra) o suponen nuevos e interesantes datos sobre áreas escasamente conocidas en la protohistoria como el caso de Vizcaya (Cancelo). Por último los estudios de materiales arqueológicos constituyen el grupo minoritario con 6 comunicaciones. Al lado de trabajos más o menos clásicos como los torques áureos del NO. (Ladra) o sobre cerámicas encontramos otros más innovadores como una revisión del instrumental agrícola de época ibérica (Tejero) o un análisis de los equipos de molienda y triturado de alimentos vegetales (Portillo). Un trabajo excepcional fue el consumo de drogas en las Edades del Bronce y del Hierro (Guerra Doce), que fue el que salto a la prensa local de una forma llamativa en una crónica de la reunión. En conjunto me atrevería a decir que la gama temática es relativamente tradicional pero al mismo tiempo hay enfoques renovadores que miran hacia nuevas direcciones y resultan muy alentadores. Con todo, es difícil sustraerse a la impresión de que la renovación de los estudios de la Edad del Hierro es escasa. Quizás lo aquí presentado sea simplemente un reflejo fiel del carácter fuertemente tradicional de la investigación arqueológica de la Edad del Hierro, probablemente el periodo más refractario a una reflexión autocrítica y a nuevos enfoques y planteamientos teóricos.

Para la reunión se disponía ya de casi todas las comunicaciones que se distribuyeron en una digna edición fotocopiada, que aumenta el interés de la misma. Los debates fueron intensos e interesantes en la mayoría de las ocasiones y reflejaron de forma clara el buen nivel de la investigación de la generación más joven. El sentido de pertenencia a un colectivo muy especial y el estímulo de sentirse protagonistas de un empeño investigador formidable proporcionó una atmósfera muy especial y agradable a la reunión. Como curioso e interesado observador *senior* me sentí reconfortado de ver como dentro de las múltiples limitaciones de la formación universitaria existe un amplio colectivo joven con talento, ilusión y muchas ganas de explorar los pasados de nuestra protohistoria. Desde mi perspectiva la experiencia fue enormemente positiva, es un foro de gran valor para los investigadores más jóvenes. Para la próxima reunión sólo una propuesta: que la coordinación corra a cargo de los propios investigadores jóvenes. Y soy consciente de que al decir esto no hago justicia a la excelente labor que el Prof. Angel Esparza hizo como coordinador, dejando fluir la iniciativa, ayudando con elegancia en los momentos que era preciso, valorando siempre las iniciativas y ani-

mando con entusiasmo a todos. Por último, creo que es justo reconocer la estupenda tarea que la Fundación Duques de Soria realizó al patrocinar esta reunión. La FDS simplemente cree en lo que hace, en la investigación y en los jóvenes arqueólogos y se vuelca en aquellas iniciativas novedosas –aunque puedan ser arriesgadas– de las que otras instituciones recelan. El Encuentro de Jóvenes Investigadores del Bronce Final y Hierro de

Salamanca debe tener una próxima cita, quizá pensar en reuniones cada dos o tres años podría ser una buena idea.

Gonzalo Ruiz Zapatero

Departamento de Prehistoria. UCM.  
gonzalomr@ghis.ucm.es

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

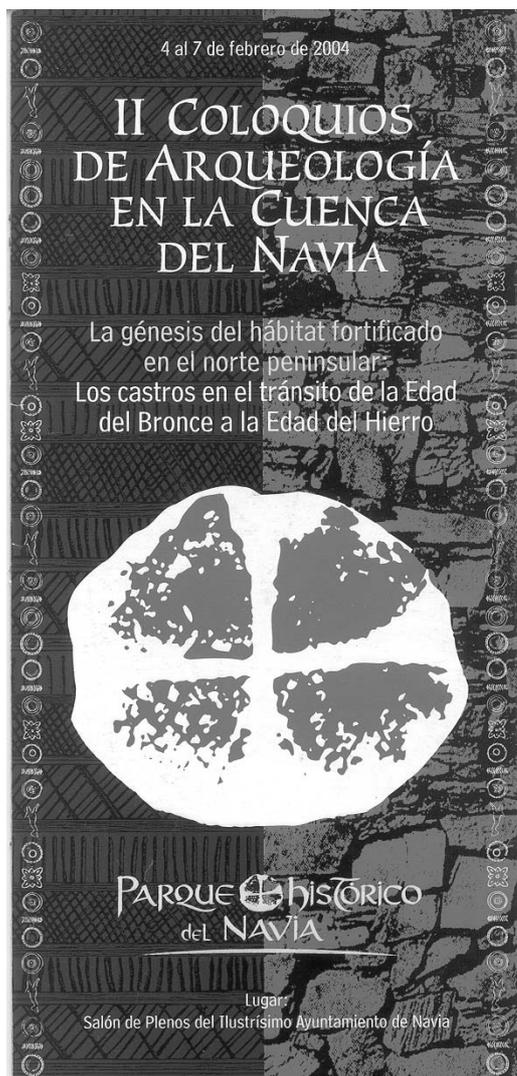
- BRUN, P. (2003): Cartographie de la recherche archéologique en France. *Les nouvelles de l'archéologie*, 94 (4): 40-43.
- CLAXTON, J. (2003): Preface. *Re-searching the Iron Age* (J. Humphrey, ed.), Leicester, Leicester Archaeology Monographs, nº 11: IX.
- HASELGROVE, C. ET AL. (2002): Understanding the British Iron Age. An Agenda for action ([www.personal.rdg.ac.uk/~lascreta/IAAgenda.htm](http://www.personal.rdg.ac.uk/~lascreta/IAAgenda.htm)) Acceso: 19-X-04.
- HINGLEY, R. (2004): Recensión de J. Humphrey (ed.) *Re-searching the Iron Age* ([http://www.ucl.ac.uk/prehis-toric/reviews/04\\_03\\_hingley.htm](http://www.ucl.ac.uk/prehis-toric/reviews/04_03_hingley.htm)) Acceso 19-X-04.
- RENFREW, C. (2001): An interview with Prof. Colin Renfrew (Lord Renfrew of Kaimsthorn), Director of the McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge. *Papers from The Institute of Archaeology*, 12: 12-25.
- RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M<sup>a</sup> J.; RUIZ ZAPATERO, G. (en prensa): Voces del pasado y ecos presentes: la arqueología española en las revistas internacionales, *Complutum*, 16.

## II Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia

Entre los días 4 y 6 de febrero de 2004 han tenido lugar los “II Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia”, con el subtítulo “La génesis del hábitat fortificado en el norte peninsular: Los castros en el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro”, en la capital del concejo naviego, al occidente asturiano. Se trata de la segunda reunión de este tipo que se desarrolla en el occidente de Asturias en el breve periodo de dos años, tiempo en el cual, sin embargo, se ha reorientado el ámbito espacial objeto de los coloquios ya que los anteriores se encuadraron bajo el título “Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña” (Navia, octubre del 2000), lo que sin duda también ha ocasionado que se retirase del título del reciente encuentro una “cultura castreña” difícilmente asimilable al norte peninsular.

M<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse e Inés Sastre fueron las primeras en hablarnos sobre “Continuidades y discontinuidades entre el Bronce y la Cultura Castreña en el Noroeste Peninsular”. A la primera autora le debemos un interesante repaso historiográfico sobre los principales autores portugueses y gallegos en lo que se refiere a las tesis continuistas y rupturistas respecto al tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro. Claramente han destacado las primeras, pero de forma incongruente y contradictoria ya que, según esta autora, a la par que se presentan los castros como herederos del ambiente del

Bronce Final se alude a crisis sociales, fin de la economía mundo, cambios en el modo de ocupación del territorio... Si reconocemos que en la Edad del Hierro hubo unos potentes cambios en la estructura económica hemos de hablar de una ruptura con respecto al momento anterior, como ruptura hubo tiempo después con la invasión romana. Además Fernández-Posse criticó las “teorías elitistas”, que sitúan la metalurgia bajo el control de los miembros destacados de cada sociedad, aludiendo a que aquella está presente en casi todos los poblados, la ausencia de lugares centrales, un nivel técnico compartido en los diferentes sitios, etc. Todo ello nos puede hacer pensar en manufacturas locales y en una escala doméstica, así como en elites con un poder mínimo e inestable que consiguen reafirmarse continuamente con una altísima ritualización. Se concluyó que no se puede hablar de elites ni jerarquización sin cuantificar a la población. En esta línea siguió Inés Sastre, quien, siguiendo los argumentos antropológicos que ya expuso en su reciente artículo del *European Journal of Archaeology* (2002), comentó cómo sin excedente agrícola no podemos hablar de jerarquización y a como en el caso concreto del Bronce Atlántico todo apunta a una agricultura extensiva que no propiciaría precisamente las diferencias sociales. Sin embargo las tesis tradicionales siguen aludiendo a elites porque no conectan la metalurgia del Bronce Final con el sistema económico en el que se desarrollan.



El primer día de los coloquios finalizó con la conferencia “El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Noroeste de Portugal” a cargo de Ana Betencourt. Esta autora portuguesa, que actualmente ha centrado sus investigaciones en los comienzos de la Edad del Bronce, presentó una síntesis de sus trabajos previos de la que cabría destacar una cronología que para esta zona del norte portugués sitúa la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro en los siglos VI y IV a.C., y de modo más lento en el interior que en la costa, lo que difiere en gran medida del hito del s. VIII a.C. aceptado en España para el comienzo de la Edad del Hierro (Ruiz Gálvez 1998: 19; González Ruibal 2003a). El Hierro inicial se caracterizaría por un poblamiento jerarquizado, una jerarquización social vertical, una intensificación del sistema silvo-agro-pastoril y una mayor ritualización.

“El debate en Galicia sobre la formación del fenómeno castreño” fue la conferencia con la que Antonio de la

Peña abrió el segundo día de los coloquios. El tinte de ésta fue claramente historiográfico, pero desde un punto de vista internalista (Jensen 1997: 81). Antonio de la Peña marcó una ponencia de Maluquer en las Jornadas de Metodología realizadas en 1973 en Santiago de Compostela como punto de arranque del paradigma que se mantiene actualmente en Galicia. Sin embargo se destacó que el volumen de información que se maneja en esta región actualmente es ínfimo y que todavía queda mucho por hacer con respecto a los ejes básicos de la interpretación arqueológica. Puso de relieve este autor la asociación de los sitios tanto del Bronce Final como de la Edad del Hierro a las tierras agrícolas, pero como en este último periodo los asentamientos dejan de ser abiertos y se hacen para durar, así como que claramente debió de haber algún tipo de conflicto ya que el carácter defensivo de estos es evidente. Al final de su exposición Antonio de la Peña giró hacia el análisis externalista ya que se aludió a la diferente realidad institucional de los investigadores sobre el mundo *castreño* en Galicia y al contexto de cada arqueólogo. Según este autor por un lado estaría la gente ajena al mundo académico (como es su propio caso o el de Xulio Carballo y Calo Lourido), pero que serían precisamente los que más conocimiento de este periodo habrían producido, y por otro lado los grupos de investigación, los cuales no estarían a la altura esperada con respecto al grueso de la información producida sobre el periodo *castreño*. Todo ello tendría que ver con las declaraciones que hizo en la prensa no hace mucho tiempo el Conselleiro de Cultura de la Xunta de Galicia: “el mejor yacimiento es el que no está excavado”. Se concluyó que en Galicia no dejan trabajar libremente a los arqueólogos porque éstos irían contra los orígenes míticos de Galicia y lo que los políticos desearían es imponer el pensamiento oficial único. Podríamos aludir a Ernest Renan cuando decía que olvidar la Historia o inventarse una falsa es fundamental para formar una nación, por lo que el progreso de los estudios históricos es peligroso para la nacionalidad (en Rowlands 1994: 134).

Impresionantes son los hallazgos que Ángel Villa y Miguel Angel de Blas presentaron en “Un ejemplo de centralidad cultural a fines de la Edad del Bronce en las tierras interiores de la región cantábrica: la «acrópolis» del Castro del Chao Samartín”. Este yacimiento del occidente asturiano resume lo que ha sido la investigación del fenómeno castreño en Asturias en las últimas dos décadas. De encajarse, como el resto de los castros occidentales, en el mundo romano ha pasado el Chao Samartín a ofrecer un panorama para la Edad del Hierro que está siendo referente para numerosas investigaciones actuales y una “acrópolis” descuidada en los primeros años de investigación y que hoy vemos ocupada por una cabaña subrectangular de gran tamaño con armazón de madera, una empalizada que cierra todo ello a cuya entrada se situó una cista en la que se depositó la cabeza de una mujer y un crestón rocoso junto a la fuerte pendiente del

lado oeste que jugaría un papel parecido al de Peña Tu, en el sector opuesto del Principado, presentando restos de un hogar en su base. Entre los hallazgos destaca, sin duda, un disco de bronce decorado con círculos concéntricos, remaches piramidales y un umbo central con elementos de repujado. Se trata de un trabajo profesional de 15 kg de peso y de 170 cm de diámetro que iría sobre un armazón de madera. El significado que se le otorga es simbólico o religioso y se descarta cualquier explicación funcional del tipo escudo, etc. Hemos de destacar también que las fechas obtenidas por C 14 para esta zona se engloban todas ellas en el s. VIII a.C. Podemos encontrar gran parte de toda esta información en dos artículos recientes de Ángel Villa publicados en la revista *Trabajos de Prehistoria* (Villa 2002a; Villa y Cabo 2003) y en el artículo correspondiente al Chao Samartín en las actas de los anteriores coloquios (Villa 2002b).

“Crisis o continuidad. El registro arqueológico cantábrico en la Edad oscura” es el título de la conferencia de Jorge Camino, uno de los principales representantes, junto a los anteriormente citados, del desarrollo de la arqueología castreña en Asturias en los últimos años gracias a sus trabajos en la ría de Villaviciosa. Argumentó a favor de una Edad del Hierro de los castros del norte de la Península Ibérica como resultado de la evolución del substrato indígena de la Edad del Bronce. Antes aludió a los materiales descontextualizados del Bronce Final aparecidos en castros a lo largo del s. XX y como él se decantó, no obstante, por las cronologías romanas para este tipo de asentamientos. La evolución del substrato se podría apreciar en las cabañas circulares, en la metalurgia, en los tipos cerámicos y sus decoraciones, en la continuidad del cultivo de la escanda... Sin embargo la Edad del Hierro presentaría importantes cambios porque surge el encastillamiento, que debe explicarse por cuestiones sociales, y unas jefaturas.

Más novedosos fueron los datos inéditos presentados por Pablo Arias y Roberto Ontañón en “El problema de los inicios de la Edad del Hierro en el sector central de la región cantábrica. Algunas aportaciones del castro del alto de La Garma (Omoño, Cantabria)”. En Cantabria se ha visto acentuado aún más que en Asturias el vacío investigador en relación a la Edad del Hierro. Se habló incluso de un vacío poblacional en la mitad norte de la actual comunidad autónoma, de modo análogo a lo que ocurría en el extremo oriental asturiano. Actualmente empezamos a ver un claro cambio en el panorama y más que vacío poblacional empezamos a entender que lo que realmente ha sucedido es que ha habido un importante vacío investigador. Intensos trabajos de prospección y excavaciones como la del castro de La Garma o la del cercano de Castilnegro comienzan a dibujar una Primera Edad del Hierro en Cantabria avalada por fechas de C 14 y de termoluminiscencia. Los autores de esta conferencia proponen revisar las tradicionales adscripciones de objetos al Bronce Final -en concreto de los calderos con

remaches- ya que ésta se ha realizado sobre paralelismos tipológicos, lo que impide que pensemos en estas piezas como pertenecientes a la Primera Edad del Hierro. También se dio a conocer el hallazgo de un túmulo de piedras con huesos humanos, alguna pieza metálica y cerámicas parecidas a las del castro en el interior de la cueva de La Garma A el verano pasado.

De síntesis fue la conferencia “El complejo paso de la Edad del Bronce a la del Hierro en el Cantábrico oriental” a cargo de Armando Llanos. Pese al título de la conferencia este autor se centró en la descripción minuciosa de un buen número de poblados de grandes dimensiones de la provincia de Álava, como el caso de la Peña del Oro, así como de los materiales allí obtenidos. También abordó el tema de las rutas naturales de comunicación en la Protohistoria, alguna de ellas conservadas en el medieval Camino de Santiago.

También en este estilo más descriptivo que interpretativo se movió la conferencia que abrió el tercer día de este encuentro por parte de Jesús Celis “Algunos aspectos sobre el poblamiento de Cogotas I y Soto de Medinilla en la cuenca noroccidental del Esla”, pese a que es una zona de la que se conocen muchos más datos que de las situadas inmediatamente al norte. Por el contrario pudimos ver un verdadero esfuerzo interpretativo en la conferencia “La aparición de los castros en las zonas occidentales de la Meseta” por parte de Ángel Esparza. Destaca de su discurso la completa vinculación de lo que este autor había definido hasta hace poco como “castros zamoranos” al mundo del Soto, lo que también ocurre con algunos ejemplos salmantinos. Se proponen reconstrucciones metahistóricas con el fin de poder decir algo de esos grupos: el por qué de su encastillamiento, si hubo o no jerarquización social, etc. Todo ello habría que encajarlo en el cambio climático ocurrido entre el 850-760 cal A.C., es decir, el paso del subboreal (relacionable con Cogotas I) al subatlántico (más relacionable con el Soto y con una menor dependencia del agua). Propone Ángel Esparza hacer interpretaciones de lo social como una realidad dinámica y aporta el concepto de *habitus* de Bourdieu para entender los profundos cambios sociales que se producen entre el Bronce Final y la Edad del Hierro.

“La arqueominería y el inicio de la cultura castreña en el Noroeste peninsular” corrió a cargo de F.J. Sánchez-Palencia. Este autor se centró en la extracción de mineral para la producción del bronce y en como el hierro acaba sustituyendo todo esto una vez que se conoce la técnica debido a que es mucho más abundante y por lo tanto más barato. Interesante fue también todo lo que se añadió en el posterior debate con relación a otro metal con el cual se suele justificar la jerarquización social, el oro. Sánchez-Palencia expuso datos por los que se demostraba que una persona puede sacar un gramo de oro en cuatro días, siendo además una tarea que se puede realizar en el tiempo libre por lo que no hace falta especialización, ni dedicación a tiempo completo, etc. Ello

produjo un interesante debate posterior en el que se reflexionó sobre que relación existe entre este tipo de producciones metalúrgicas en las sociedades preindustriales y la jerarquización social. En este sentido convendría diferenciar entre producción especializada/no especializada y producción a tiempo parcial/total (González Ruibal 2003b: 41) ya que incluso entre las sociedades más simples hay especialistas en los que recae la producción de determinados artefactos, pero ello no quiere decir que se dediquen exclusivamente a producir ese artefacto.

Quizás un buen resumen de lo discutido en este encuentro académico sea el momento del debate en el que la profesora Betencourt preguntó a sus colegas sobre cuales son los factores que tenían en cuenta para marcar el paso del Bronce Final a la Edad del Hierro. Evidentemente no hubo ningún tipo de consenso ya que como hemos visto los argumentos esgrimidos discurren desde el historicismo -marcar el paso de un periodo a otro por cambios en la cultura material- hasta lo que podríamos calificar como arqueología social: serían épocas diferentes ya que las formaciones sociales son diferentes. Respecto al caso concreto de Asturias ya sólo el hecho de reconocer que hay castros que pertenecen a la Edad del Hierro y de celebrar unos coloquios para estudiar el tránsito a éstos desde el Bronce Final supone un gran avance puesto que las tesis romanistas, especialmente en las figuras de Elías Carrocer y Jorge Camino, seguían vigentes a mediados de la pasada década. Por ello se nos ha hecho extraño que dedicando los coloquios a este tema nadie se refiriera a José Luis Maya, con la excepción de Miguel Ángel de Blas en la apertura de los mismos, ya que desde sus primeros trabajos (1983: 17-19) en los que se revisaron los materiales del Museo Arqueológico de Oviedo se apuntó la posibilidad de estas fechas antiguas para los castros asturianos, a la par que se demandaban excavaciones metodológicas que pudieran corroborar estas hipótesis. Pese a que estos materiales que podemos adscribir al Bronce Final no fueron obtenidos en excavaciones metodológicas lo que sí parece claro es que muchos de ellos se obtuvieron de los mismos castros que luego fueron calificados como romanos. Un ejemplo claro lo tenemos en las excavaciones ilegales por parte de unos vecinos en el castro de Pencia en 1934 (García y Bellido y Uría Rúa 1940: 109, nota 1). Otro de los temas de los cuales no se ha discutido, pero que ha estado presente en todas las conferencias, ha sido el de las "culturas arqueológicas", etiqueta historicista utilizada por todos, pero claramente improductiva. Deberían explicitar los autores que es lo que realmente quieren decir cuando se utilizan los términos "cultura castreña del NO peninsular" -cuyo límite se suele situar precisamente en el propio río Navia-, "cultura castreña", "cultura castreña asturiana", etc. ya que difícilmente parecen equiparables. Y por extensión los castros cántabros y vascos ¿pertenecen entonces a una "cultura castreña cántabra" o a una "cultura castreña vasca"? Urge la redefinición de es-

tos anquilosados conceptos, muy poco útiles a nivel metodológico y con excesivas connotaciones etnicistas y presentistas (Jones 1997), como son las evidentes proyecciones de las actuales comunidades autónomas hacia el pasado prerromano. En este sentido cabe destacar como el término "cultura castreña asturiana" es rechazado en una de las obras de síntesis más recientes sobre los castros asturianos, alegando que esa supuesta entidad unitaria no se corrobora con los restos arqueológicos que poseemos en la actualidad (Fanjul Peraza y Menéndez Bueyes 2004: 70).

A lo largo de los tres días de coloquios estuvo presente, a modo de telón de fondo, el Parque Histórico del Navia, dirigido por Angel Villa desde su creación en 1997. Dicho parque tiene una proyección más amplia que el precedente Parque Arqueológico de la Cuenca del Navia ya que se pretende proteger, e incluir en itinerarios turísticos, no sólo el patrimonio arqueológico de los nueve concejos occidentales que lo forman sino también el paisaje, el patrimonio histórico, el etnográfico, la arqueología industrial (presas en el propio río Navia), etc. Complementar el incipiente turismo de la zona y mitigar la lacra, ya endémica en Asturias, de la pérdida de población constante es el contexto en el que debemos entender la celebración de estos coloquios arqueológicos. Sin embargo, una vez más, nos encontramos ante la paradójica situación de realizar unas actividades académicas supuestamente sensibles con las comunidades locales en las que se desarrollan, pero cerradas sobre sí mismas y dirigidas a los "iniciados". De este modo difícilmente se podrá llevar a cabo el papel mediador que nos corresponde a los arqueólogos en las tensiones entre las identidades y problemas locales por un lado y la industria del turismo por el otro (Hodder 1998). Y no son pocos los problemas del occidente asturiano tanto a nivel económico como identitario (éxodo rural por falta de trabajo, atentados ecológicos y contra el patrimonio etnográfico/arqueológico por parte de las minas de oro a cielo abierto del alto Narcea, monocultivo del eucalipto, ausencia de reconocimiento de la variante occidental de la lengua asturiana e imposición del dominio lingüístico gallego a través de la TVG, etc.). Los arqueólogos se encuentran en una situación privilegiada para analizar y denunciar estas cuestiones y otras pendientes y de máxima actualidad en el caso concreto de Asturias, y de las cuales nos corresponde tomar las riendas del discurso, como es el caso del celtismo. Unos coloquios como los celebrados recientemente en Navia son un marco inmejorable para abordar todas estas cuestiones. Pero quizás el hermetismo de estos coloquios también se deba, analizándolos desde un punto de vista mercantilista, al excesivo precio de la matrícula en relación a las conferencias ofrecidas, así como a la imposibilidad de presentar comunicaciones por parte de otros investigadores que no fueran los directamente invitados por los organizadores. Podemos comparar estos coloquios con el "Encuentro de

Jóvenes Investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica” celebrado en Salamanca entre los días 20 y 22 de octubre del 2003, con el patrocinio de la Fundación Duques de Soria, y coordinado por Ángel Esparza y organizados por Carlos Cancelo y Antonio Blanco. Mientras que en los Coloquios del Navia el precio de la matrícula era de 120 o 180 euros (estudiantes y no estudiantes), con derecho a actas, y pudiéndose escuchar 11 conferencias, en el encuentro de Salamanca por 30 euros, con derecho a actas y a preactas entregadas el primer día, tuvimos la oportunidad de atender a 35 conferencias. Podemos citar a aquellos que se centraron en las mismas zonas que las tenidas en cuenta en los coloquios navegos: Dulcinea Bernardo, Manuel Sabino, André Tomas, Marcos Osório, Alexandre Valinho, Sílvia Loureiro, Ana Sofia Tamissa, Alexandre Cahna, Vitor Manuel Fernandes, Marcos Daniel Osório y Constança Guimaraes aludieron a diferentes zonas de Portugal como Trastos-Montes, Guarda, el Alto Paiva o la Serra de Portel; Cesar Parceró, Pastor Fábrega, Xurxo M. Ayán y Lois

Ladra atendieron a la Edad del Hierro en Galicia con un entramado teórico renovador y fructífero; Alfonso Fanjul se centró en la revisión de los castros de los valles de la Cordillera Cantábrica asturiana; Lucía Pérez presentó los materiales de prospecciones realizadas en la Meseta Leonesa y Carlos Cancelo estudió el primer milenio a.C. en Bizkaia.

No sólo nos corresponde hallar los canales de comunicación con las comunidades locales que, en última instancia, deben ser a quienes deben ir dirigidos nuestros discursos sino que además, como queda patente en este caso, debemos encontrar también las fórmulas en las que los investigadores que estudian una misma zona puedan debatir entre ellos.

Carlos Marín Suárez

Departamento de Prehistoria. UCM.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FANJUL PERAZA, A.; MENÉNDEZ BUEYES, L.R. (2004): *El complejo castreño de los Astures Transmontanos*. Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.; URÍA RÍU, J. (1940): Avances a las excavaciones del Castellón de Coaña. *Revista de la Universidad de Oviedo*, II: 105-131.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003a): *Arqueología del primer milenio en el NO de la Península ibérica*. Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003b): *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*. Akal Arqueología, Madrid.
- HODDER, I. (1998): Trazando el mapa del pasado postmoderno. *Trabajos de Prehistoria*, 55 (1): 5-17.
- JENSEN, O.W. (1997): When Archaeology meets Clio. A critical reflection on writing the History of Archaeology. *Archaeological review from Cambridge*, 14 (2): 79-92.
- JONES, S. (1997): *The Archaeology of Ethnicity: constructing identities in the past and in the present*. Routledge, London.
- MAYA, J.L. (1983): La Cultura Castreña Asturiana: de los orígenes a la romanización. *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica, Barcelona.
- ROWLANDS, M. (1994): The politics of identity in Archaeology. *Social construction of the past. Representation as power* (G.C. Bond y A. Gilliam, Eds.), Routledge, London.
- SASTRE, I. (2002): Forms of social inequality in the Castro Culture of North-West Iberia. *European Journal of Archaeology*, 5(2): 213-248.
- VILLA VALDÉS, A. (2002a): Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (ss. VIII a.C.–II d.C.). *Trabajos de Prehistoria*, 59(2): 149-162.
- VILLA VALDÉS, A. (2002b) Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias. *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña* (M.A. Blas Cortina y A. Villa Valdés, Eds.): 159-188.
- VILLA VALDÉS, A.; CABO PÉREZ, L. (2003): Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación. *Trabajos de Prehistoria*, 60(2): 143-151.

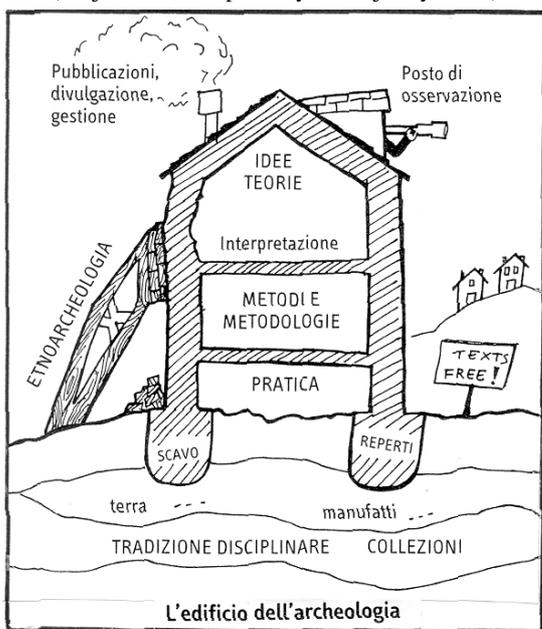
**Enrico Giannichedda (2002): *Archeologia Teorica*. Roma, Carocci Editore, (Colección Le Bussole n° 70). ISBN: 88-430-2337-3. 125 págs. + 6 figs.**

La reflexión teórica sobre la arqueología es relativamente reciente en la disciplina, de una forma importante apenas poco más de cuarenta años, o si se quiere desde la configuración de la *New Archaeology* en Estados Unidos y Gran Bretaña a comienzos de los años 1960. Y además habría que añadir que su extensión ha sido desigual según los países y las tradiciones arqueológicas. Si el punto de arranque lo situamos en la Nueva Arqueología anglosajona se podrían dibujar las ondas de expansión del interés por la teoría arqueológica en un mapa mundial. Hubo una expansión rápida en Canadá, los países escandinavos, Holanda, y Australia; ondas más retrasadas han afectado a tradiciones arqueológicas como la de Israel (Dever 1980), la de la India (Chakrabarti 1988), las de algunos países latinoamericanos y centroeuropeos, y en cierta forma aquí –quizás todavía más retrasada– habría que situar la española. Aunque algunos países europeos –especialmente Francia (Courbin 1982; VV.AA. 1999) y Alemania (Bernbeck 1997; Sommer 2000; Wolfram 2000)– han sido más bien refractarios a la expansión de la *New Archaeology* pero con notables excepciones, no es menos cierto que un pensamiento arqueológico con señas de identidad propias cabe encontrar en ciertas tradiciones europeas. Sobre todo en las de la Europa Central y Oriental, con cuerpos teóricos muy personales y muy interesantes –hasta donde nos resultan más o menos conocidos– como la polaca (Hensel, Donato y Tabaczynski 1986; Marciniak y Raczkowski 1991; Tabaczynski 1998), la checoslovaca (Malina y Vasíček 1990; Neustupný 1993) y por supuesto la rusa o antigua soviética (Klejn 1993; Kolpakov y Vishnjatsky 1990). Por

más que todas estas últimas hayan sufrido notables cambios desde la caída del muro de Berlín y la desintegración de la U.R.S.S. (Bogucki 1993; Klejn 1994).

Otro indicador de que la arqueología teórica va ganando fortaleza dentro de la disciplina es la aparición de lo que podríamos considerar el primer manual: hubo que esperar hasta 1999 para contar con el manual de Matthew Johnson *Archaeological Theory. An Introduction*, o hasta 1995 para disponer de la primera revista especializada: el *Journal of Theoretical Archaeology*, de flojo arranque y desigual fortuna en los últimos años. En otras palabras la institucionalización de la especialidad es muy tardía y desde luego insuficiente e incompleta a día de hoy.

En la actualidad aunque sea cierto que la agenda de la arqueología teórica la siguen estableciendo los anglosajones no resulta menos cierto que cada vez más partes significativas de esa agenda corresponden a otras tradiciones arqueológicas. Ese es el caso del libro reciente del ruso Leo S. Klejn *Metaarchaeology* (2000), en mi opinión la aportación teórica original, casi omnicompreensiva, más interesante de los últimos años, y resultado de toda una estratigrafía de vida dedicada a este tema (Immonen 2003). Existen ciertamente lo que Neustupny (1997-98) ha denominado con acierto “*archaeological mainstreams*” y “*archaeological minorities*”, pero el vigor teórico de algunas tradiciones arqueológicas rebasa esos límites. Y al igual que desde hace cuarenta años el inglés jugó a favor de la colonización arqueológica anglosajona –y lo sigue haciendo–, en estos días el inglés, además, está sirviendo de plataforma para dar a conocer la solidez de tradiciones teóricas no-anglosajonas. En el rapidísimo bosquejo de las ondas expansivas de la *New Archaeology* que he realizado, he dejado fuera deliberadamente el caso de Italia. Porque es una tradición arqueológica muy singular. Muy singular porque ha sabido beber en las tradiciones de los países importantes arqueológicamente hablando, que llevan décadas trabajando con centros e investigadores en este país, ha sabido aprovechar con criterio–aceptando y rechazando cosas buenas y malas de unas y otras tradiciones extranjeras– y sobre todo ha sabido tener un criterio propio para construir una tradición ecléctica y pragmática (Cuomo di Caprio 1986). Por ello no resulta extraño que en Italia exista un gran interés por la teoría arqueológica, siempre con una actitud crítica ante las formulaciones teóricas foráneas (Terrenato 2000). En este contexto hay que situar el librito de Enrico Giannichedda, que pretende ser una primera guía de viaje para los interesados en el tema, especialmente para estudiantes y licenciados con escasa formación en la materia. El autor es miembro del Instituto de Historia de la Cultura Material de Génova y profesor en las universidades de Siena y del Piemonte. Su experiencia docente se deja ver en el texto y algunas ilustra-



ciones del libro. Fruto de esa experiencia es también un texto interesante y en cierto modo único y extraño que acaba de ser traducido al castellano *Arqueología de la Producción* (Mannoni y Giannichedda 2003). El propio autor deja bien claro en las primeras líneas de su estudio, que si bien el interés por la teoría ha crecido en los últimos años, también es verdad que existe una clara oposición entre los arqueólogos que no quieren hablar de teoría y aquellos que piensan que sólo la teoría arqueológica cuenta. Pues bien, ante esa situación Giannichedda declara que el libro no ha sido escrito ni para unos ni para otros. Pretende ser el resultado de la toma de conciencia de la necesidad de una teoría para la práctica. Una arqueología teórica divorciada de la práctica arqueológica no tiene ni sentido ni futuro afirma el autor; es más el mayor riesgo de una arqueología teórica hoy –continúa Giannichedda– es que derive en una nueva especialidad, con sus gurus, sus centros de poder y sus lugares de discusión. Una teoría arqueológica que empape por capilaridad la práctica y una práctica arqueológica que se lleve a cabo mediante una permanente reflexión teórica es el objetivo deseable. Y así “la arqueología teórica no puede ser una especialización para unos pocos sino un ámbito de reflexión para todos: para discutir de historia de la disciplina, de los problemas de interpretación, de la relación con la antropología y la historia, del sentido que tiene hoy ser arqueólogo” (pág. 28).

El libro está organizado en siete capítulos que abordan: “Una teoría para la práctica” (Cap. 1), “El nacimiento de una disciplina” (Cap. 2), “Consolidación y tradición” (Cap. 3), “Escepticismo y descubrimiento del tiempo” (Cap. 4), “La New Archaeology” (Cap. 5), “La arqueología postprocesual y contextual” (Cap. 6) y “La recomposición del conflicto” (Cap. 7). El fuerte carácter didáctico del texto está reforzado además, por unos brevísimos resúmenes (“Para resumir”) con los que se cierra cada capítulo y por once textos-caja independientes, también muy breves, que recogen ideas centrales desde la arqueología-fantástica a la excavación reflexiva de Hodder (1999), pasando por el sentido del tiempo arqueológico, el problema de la interpretación o la tipología de las latas de cerveza del conocido trabajo de Shanks y Tilley (1992). El esquema básico de concepción de la disciplina queda bien claro en su estupenda Fig. 1 El edificio de la arqueología. Los cimientos del edificio son la excavación y los hallazgos, el primer piso es la práctica arqueológica, el intermedio es el de los métodos y la metodología y el piso superior, si se quiere la parte noble de la casa, es el de las ideas y la teoría. En el tejado se situaría el puesto de observación sobre el mundo y la casa dispone de un fuerte apuntalamiento para evitar la ruina en la etnoarqueología. En fin el humo de la chimenea serían las publicaciones, la divulgación y gestión de los proyectos. No tiene ningún misterio especial pero por su claridad y fuerza conceptual y visual ya me he apresurado a realizar una versión rotulada en castellano para mis

transparencias de clase de primer curso. Al igual que la Fig. 2, la ejemplificación genial de una cultura arqueológica en su visión sistémica de la *New Archaeology*, que me atrevería a decir sólo un italiano tiene el ingenio para concebirla y sobre todo publicarla.

La publicación de buenos manuales y textos elementales para la enseñanza de la arqueología es una tarea fundamental pero al mismo tiempo muy descuidada en nuestro país. Y me temo que, además de las editoriales, la mayor responsabilidad cae sobre nosotros mismos como arqueólogos y como colectivo docente. Tras los buenos años de la colección de Arqueología de la editorial Crítica bien dirigida por M<sup>a</sup> Eugenia Aubet, hubo un parón que ha sido roto por una nueva dirección. Sin desdeñar algunas iniciativas con carácter más o menos aislado, como algunas editoriales universitarias, p.e. Bellaterra, la única serie –además de Crítica– con una actividad editorial muy activa es la de Ariel, en la que no obstante hay un fuerte componente de traducciones de originales extranjeros. Por último, habría que citar la serie de Akal Arqueología (dirigida por Marisa Ruiz-Gálvez), más modesta por ahora, pero que acaba de iniciarse con títulos atractivos, y sobre todo con originales de autores españoles. Es justo recordar que Akal tuvo ya una serie de Arqueología iniciada en los años 1980 con algunos textos valiosos. Pero faltan textos cortos, elementales y bien encajados con la realidad y la tradición arqueológica española como la serie de Carocci “Le Bussole”. Lo más parecido, pero sin una buena especialización arqueológica, es la colección *Cuadernos de Historia* de la madrileña Editorial Arco Libro, donde han visto la luz un puñado de pequeños pero útiles textos sobre arqueología y Prehistoria.

El librito reseñado no es un texto extraordinario, por supuesto no abarca –no puede hacerlo en poco más 100 páginas de pequeño formato– la complejidad de la moderna teoría arqueológica, no es algo original respecto a los pocos referentes que se pueden señalar, pero aún así y con todo tiene tres valores importantes a mi juicio: primero, supone una mirada diferente a la anglosajona aunque beba –y ciertamente mucho– en sus fuentes; segundo, es un texto honesto y muy didáctico pero que no renuncia al criticismo, y tercero, toda la argumentación reside en unas ideas centrales muy claras y bien argumentadas que sostienen sólidamente el famoso edificio de la arqueología de la Fig. 1 comentada. El texto –parodiando el nombre de la colección– es una brújula, sencilla pero eficaz, para una primera orientación en el denso y umbrío bosque de la teoría arqueológica. Una tradición arqueológica que produce obras así tiene, desde luego, peso específico y vocación de ser *mainstream*.

Gonzalo Ruiz Zapatero

Departamento de Prehistoria. UCM.  
gonzalar@ghis.ucm.es

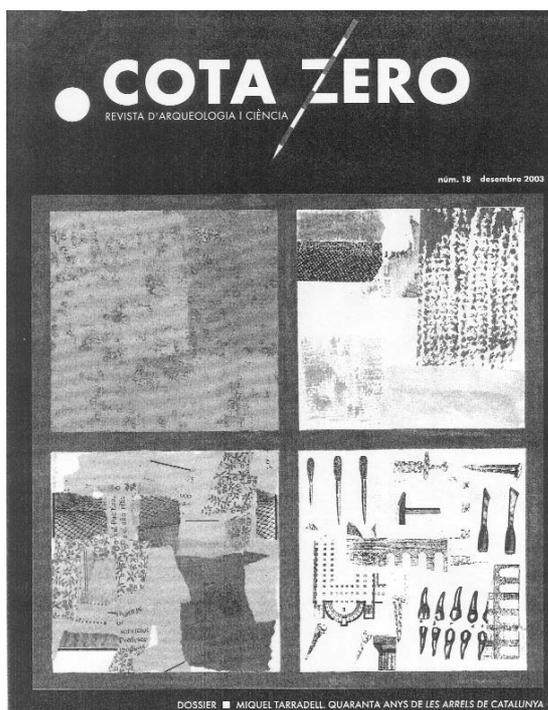
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERNBECK, R. (1997): *Theorien in der Archäologie*. Tübinga y Basilea, A. Francke.
- BOGUCKI, P. (1993): Between East and West: Archaeology in the New Eastern Europe. *Journal of Archaeological Research*, 1(2): 145-166.
- COURBIN, P. (1982): *Qu'est-ce que l'archéologie? Essai sur la nature de la recherche archéologique*. Paris, Payot.
- CUOMO DI CAPRIO, N. (1986): Onde di propagazione della New Archaeology in Italy. *Revista di Archeologia*, 1986: 59-71.
- CHAKRABARTI, D.K. (1988): *Theoretical issues in Indian Archaeology*. Nueva Delhi, Munshiram Manoharlal.
- DEVER, W.G. (1980): The impact of the New Archaeology on Syro-Palestinian Archaeology. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 242: 15-29.
- HENSEL, W.; DONATO, G.; TABACZYNSKI, S. (eds.) (1986): *Teoria i praktyka badan archeologicznych*. Vol 1. *Przeslanki Metodologiczne*. Wroclaw, Polska Akademia Nauk Instytut Historic Kultury Materialnej.
- IMMONEN, V. (2003): The stratigraphy of a life. An archaeological dialogue with Leo Klejn. *Archaeological Dialogues*, 10 (1): 57-75.
- JONHSON, M. (2001): *Una introducción a la Arqueología Teórica*. Barcelona, Ariel.
- KLEJN, L.S. (1993): *La arqueología soviética. Historia y teoría de una escuela desconocida*. Barcelona, Crítica.
- KLEJN, L.S. (1994): Russia's archaeology at the turning point. *6º Coloquio Hispano-ruso de Historia*, Fundación Cultural Banesto-CSIC Centro de Estudios Históricos, Madrid: 193-214.
- KLEJN, L.S. (2001): *Metaarchaeology*. Copenhagen, Acta Archaeologica vol. 72:1- Acta Archaeologica Supplementa vol.III.
- KOLPAKOV, E.M.; VISHNJATSKY, L.B. (1990): Current theoretical discusión in Soviet archaeology: An Essay. *Fennoscandia Archaeologica*, 7: 17-25.
- MALINA, J.; VASÍCEK, Z. (1990): *Archaeology Yesterday and Today*. Cambridge, C.U.P.
- MANNONI, T.; GIANNICHEDDA, E. (2003): *Arqueología de la Producción*. Barcelona, Ariel.
- MARCÍNAK, A.; RACZKOWSKI, W. (1991): The development of Archaeological Theory in Poland under conditions of isolation. *World Archaeological Bulletin*, 5: 57-65.
- NEUSTUPNÝ, E. (1993): *Archaeological method*. Cambridge, C.U.P.
- NEUSTUPNÝ, E. (1997-98): Mainstreams and minorities in archaeology. *Archaeologia Polona*, 35-36: 13-24.
- SOMMER, U. (2000): Theory and tradition in German archaeology, *Archaeological Dialogues*, 7 (2): 160-168.
- TABACZYNSKI, S. (ed.) (1998): *Theory and practice of archaeological research, t. 3. Dialogue with the data: the archaeology of complex societies and its context in the 90s*. Varsovia.
- TERRENATO, N. (ed.) (2000): *Archeologia Teorica. X Ciclo di Lezioni Sulla Ricerca Applicata in Archeologia* (Certosa di Pontignano, Siena, 9-14 agosto 1999), Florencia, Edizioni All'Insegna del Giglio.
- VV.AA. (1999): Special Section: Theory in French archaeology, *Antiquity*, 73: 153-205.
- WOLFRAM, S. (2000): 'Vorsprung durch Technik' or 'Kossinna-Syndrome' Archaeological theory and social context in post-war West Germany. *Archaeology, ideology and society: The German experience* (H. Härke, ed.), Frankfurt: 180-201.

**“Miquel Tarradell. Quaranta anys de *Les arrels de Catalunya*”, *Cota Zero. Revista d'Arqueologia i Ciència*, 18 (diciembre 2003). ISSN: 0213-4640. 184 pp.**

La revista *Cota Zero*, bajo la dirección de Walter Cruells y con Miquel Molist como redactor en jefe, lleva una trayectoria impecable e imparabla desde hace 18 años. Esto es mucho tiempo para una publicación no institucional editada desde Vic por Eumo. Para darse cuenta de su calidad basta hacer un repaso a los temas tratados: *Arqueología urbana y patrimonio* (1-1985), *Los rituales de la muerte en la Antigüedad* (2-1986), *Megalitismo: arquitectura y sociedad* (3-1987), *Métodos científicos aplicados a la reconstrucción paleoambiental de la prehistoria* (4-1988), *Paleoantropología* (5-1989), *La arqueología de los poblados medievales abandonados* (6-1990), *Agricultura: orígenes, adaptación y desarrollo* (7-1991), *Diez años de arqueología en Cataluña: 1981-1991* (8-1992), *Agricultura: orígenes, adaptación y de-*

*sarrollo: 2ª parte* (9-1993), *Hábitat y habitación en la protohistoria del Mediterráneo Nord-Occidental* (10-1994), *Arqueozoología: economía y sociedad* (11-1995), *Estrategias alimentarias en el pasado* (12-1996), *La metalurgia en la Antigüedad* (13-1997), *Teoría en arqueología* (14-1998), *Arqueología, patrimonio y sociedad* (15-1999), *Arte rupestre: investigación y conservación* (16-2000), *Los restos líticos en contexto arqueológico: estudio, interpretación, aplicaciones* (17-2001). Junto al *dossier* y desde el núm. 2 incorpora un Noticiero arqueológico y unas Notas bibliográficas que se han convertido en herramientas imprescindibles para estar al día de la investigación arqueológica en Cataluña ya que, desde el núm. 3, el Noticiero arqueológico presenta los permisos de excavaciones concedidos por el Servicio de



Arqueología catalán (a partir del núm. 7 se convierte en objeto exclusivo de la sección) y, desde el núm. 13, en las Notas bibliográficas se incorporan la relación de tesis doctorales y tesinas de licenciatura leídas durante el año académico correspondiente.

Este número 18 que hoy presentamos es muy interesante historiográficamente porque contiene un extenso *dossier* (pp. 9-157) dedicado al 40 aniversario de la publicación de *Les arrels de Catalunya* de Miquel Tarradell (1962). Aparte de una semblanza biográfica de Tarradell (Núria Rafel), se hace un repaso y puesta al día de toda la temática del libro: paleolítico (Narcís Soler), neolítico (Miquel Molist, María Saña, Ramon Buxó), megalitismo (Josep Tarrús), inicios de la metalurgia (Araçeli Martín), bronce y primer hierro (Enriqueta Pons), colonizaciones (Joan Ramon), e iberos (Joan Sanmartí).

No hay duda que se ha hecho un esfuerzo importante por poner al día el libro de Tarradell, pero, a mi modo de ver, no por entender el contexto en el que fue escrito. El artículo de N. Rafel debía ocuparse de este aspecto, pero pienso que se entretiene demasiado en la exposición y comentario de las teorías de Tarradell, cuando esto es responsabilidad de los artículos específicos, y en cambio hecho en falta mas información sobre el ambiente político y cultural, la familia, los maestros, los discípulos y las características de la llamada "escuela de Barcelona". Por su parte, N. Soler presenta un estudio equilibrado entre el balance de la investigación paleolítica y el pensamiento de Tarradell. Nos ayuda a entender el razonamiento de Tarradell a partir de las evidencias a su disposición y las teorías en boga. Cuenta cómo Tarradell contribuyó a des-

hacer la teoría capsiana, pero también cómo en los años posteriores ha desaparecido el espejismo del "reducto gavetiense" peninsular. Recoge los importantes avances en el conocimiento del paleolítico inferior y medio, y el paso del interés por la evolución cronológicocultural al estudio del medio ambiente (clima, vegetación, recursos disponibles). M. Molist, M. Saña y R. Buxó hacen un buen balance del estado actual del neolítico en Cataluña, pero no tratan o lo hacen de manera muy sucinta de las posiciones de Tarradell al respecto. Señalan acertadamente que, en su época, el objetivo era construir esquemas cronológicos, periodizaciones tipológicas y definiciones de "facies culturales" regionales, y como lenta pero progresivamente las nuevas corrientes teóricas en arqueología prehistórica, de clara orientación socioeconómica, han hecho variar los objetivos. En cuanto al megalitismo, J. Tarrús señala que desde los años sesenta cambiaron muchas de las ideas sobre la cronología del fenómeno dolménico, su arquitectura y la sociedad que los construyó gracias a los trabajos de Lluís Esteva y Miquel Cura. Pero, a pesar de que el registro de dólmenes se ha doblado respecto al que había a principios de los años sesenta, su distribución general no ha variado mucho. La conclusión es que no existió un grupo humano homogéneo de constructores y usuarios de los megalitos y no parece confirmarse la hipótesis de Tarradell de una neta separación entre comunidades de agricultores establecidos en el llano que enterraban en cuevas, frente a comunidades megalíticas de pastores montañoses. A. Martín presenta una buena síntesis de los puntos de vista defendidos por Tarradell sobre el calcolítico y bronce antiguo. Su historia de la investigación es impecable para el espacio y las características del artículo, no en vano en los últimos años, la autora ha realizado diversos estados de la cuestión del neolítico medio (1999), el campaniforme (2001), el final del neolítico y la edad del bronce (2003) en Cataluña. En el aspecto historiográfico señala la importancia del contacto directo con investigadores franceses (Laplace, Lumley, Guilaine), junto a las nuevas corrientes científicas (new archaeology) pero advierte con valentía que, desgraciadamente, la voluntad de ser renovador a veces se ha limitado a una crítica de los "otros" investigadores, a simples discusiones teóricas y metodológicas sin sentido, a crear gratuitamente un léxico demasiado críptico y a dotar el registro de una pátina a base de taxonomía numérica que no siempre ha cuantificado el registro más adecuado y que a veces ha agrupado datos discutiblemente contemporáneos por la obsesión de contrastar las hipótesis a pesar de todo (p. 78 nota 3) La nota 4 no es menos crítica con la falta de plataformas científicas y una política arqueológica que fomenta una auténtica investigación. Por su parte E. Pons evalúa los problemas para definir correctamente la edad del bronce en Cataluña y las dificultades de Tarradell para superar el concepto de "cultura pirenaica" (entendida como una cultura propia desarrollada en cuevas y mega-

litos reutilizados) heredado de la sistematización de Bosch Gimpera y que dificultaba la comprensión de los hallazgos catalanes en comparación con los del resto de Europa. El aumento de los hallazgos a partir de los años ochenta junto a nuevos planteamientos teóricos aportan nueva luz sobre la época "incierto" de Tarradell (bronce antiguo y medio) pero, antes como ahora, el mejor conocido es el bronce final y sus campos de urnas. Respecto a las colonizaciones, J. Ramon señala cómo, por la falta de datos, Tarradell no trató del importante factor fenicio a pesar de que ya había hecho notar que las dragmas ampuritanas eran de estilo cartaginés. Las etapas importantes para los estudios púnicos se inician con los trabajos de J. Maluquer (1969) y O. Arteaga, J. Padró, E. Sanmartí (1978), pero es otra vez a partir de finales de los años ochenta cuando se descubren los testimonios inequívocos del impacto fenicio en Cataluña (Illa d'en Reixac, Emporion, Aldovesta, etc.). En cuanto al factor griego, descartada su primogenitura civilizadora en favor de los fenicios, se sigue trabajando sobre las viejas hipótesis: estudio histórico y arqueológico de Emporion y Rhode, naturaleza y función de los dos enclaves, su radio de interacción económica y cultural. Finalmente, J. Sanmartí realiza una clara exposición de la sociedad ibérica en Cataluña, de sus estructura política y social (formación de "estados arcaicos") y sus aristocracias, dependientes de las mercancías importadas desde Massalia, Ebusus y los centros fenicios del sur peninsular. Sobre la formación de la cultura ibérica en Cataluña, Tarradell propuso tímidamente en su día una hipótesis invasionista o difusionista. La propuesta ha tenido poca fortuna a causa del antimigracionismo que ha dominado el ambiente intelectual en arqueología. Sanmartí piensa que esta hipótesis merece ser rescatada porque tanto en tiempos de Tarradell como ahora las cerámicas ibéricas a torno aparecen de manera súbita y masiva, sin ninguna relación aparente con la cultura material indígena. Dentro de las etapas

de renovación de los conocimientos, Sanmartí coincide en señalar la década de los ochenta como unos años claves gracias al inicio de proyectos de investigación sistemáticos. Es evidente que este fenómeno no puede separarse del régimen de las autonomías y la creación del *Servei d'Arqueologia*, con sus virtudes pero también con los defectos que ha señalado A. Martín en su artículo. Esto nos acerca a otra cuestión delicada ya que, si bien el ámbito catalán tiene pleno sentido en la actual administración arqueológica, no lo tiene en el sentido histórico, desde el paleolítico a la cultura ibérica por lo menos. No obstante, Tarradell escribió sus *Arrels* (raíces) y, para el ámbito de los países catalanes, en 1978 fundó la revista *Fonaments* (cimientos). Este aspecto crucial no aparece tratado aquí.

Como en los números precedentes, la revista incluye una sección de colaboraciones especiales, en este caso presenta un artículo de Kamyar Abdi (profesor de Antropología en el Dartmouth College, Hanover-USA) sobre nacionalismo y arqueología en Irán desde finales del período qajarita (1787-1925) hasta la República islámica pasando por la turbulenta etapa de los Pahlavi (1925-1979). El punto central del trabajo es la política arqueológica bajo Reza Khan (proclamado Reza Shah Pahlavi) y la pomposa celebración durante reinado de su hijo Mohammad Reza Shah Pahlavi (1971) del 2500 aniversario de la creación del Imperio persa por Ciro el Grande.

En el décimo aniversario de la revista se publicó una útil aproximación bibliométrica e índices (11-1995). Debeamos que el cercano núm. 20 nos obsequiará con otro estudio de características parecidas.

Jordi Cortadella

Universitat Autònoma de Barcelona

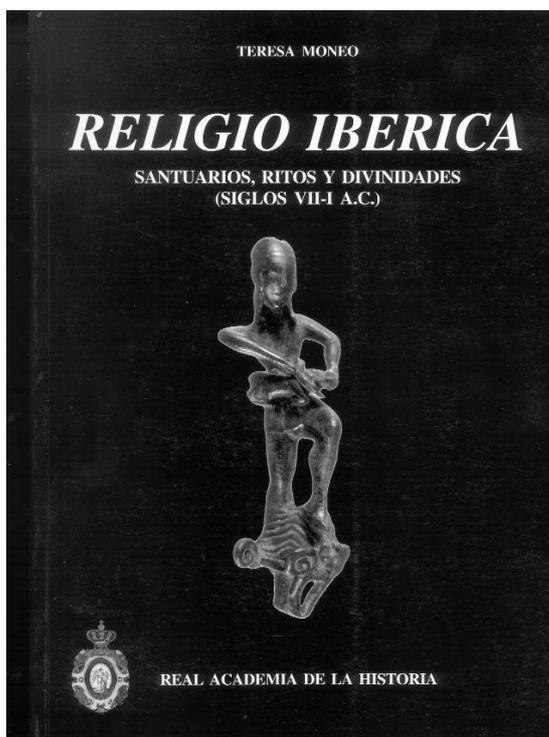
**Teresa Moneo (2003): Religio ibérica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.). Bibliotheca Archaeologica Hispana 20. Madrid, Real Academia de la Historia. ISBN: 84-95983-21-4. 576 pp.**

Dentro del auge que los estudios sobre la Cultura Ibérica vienen experimentando en las últimas décadas, la obra que nos atañe se centra en uno de los aspectos que más atención han recibido por parte de la investigación en los últimos diez años como es el análisis y la valoración de la religión ibérica.

Así, a los estudios de distintos investigadores como M. Almagro-Gorbea, R. Olmos, C. Aranegui, L. Prados, A. Domínguez Monedero, F. Gracia, G. Munilla y tantos otros, hay que añadir igualmente los efectuados por la autora de este libro sobre aspectos más puntuales de la

religión ibérica centrados sobre todo en los santuarios, a los que ahora suma en esta obra una visión de conjunto de la religión ibérica que viene en la que también se da cabida a otros aspectos del ámbito religioso como son los ritos y las divinidades.

Esta monografía se divide en nueve capítulos: tres de carácter introductorio (marco geográfico y cultural, historia de la investigación y metodología), uno de catálogo comentado, tres de carácter analítico (uno sobre santuarios, otro sobre ritos y un tercero sobre divinidades) y, por último, dos de carácter sintético (uno sobre la evolu-



ción de la religión ibérica en los distintos ámbitos geográficos y su posición y comparación con otras religiones mediterráneas, y uno de conclusiones en las que se recogen los aspectos más interesantes de la obra).

Comenzando por el marco geográfico, se definen los cinco grupos geográficos usados por la autora, en los que se realiza una breve y completa descripción tanto de sus características geográficas como culturales. Estos grupos son el Meridional, con una subdivisión en alta y baja Andalucía, el Sudeste, la Meseta sur, el Levante y el Nordeste. Esta división en cinco grupos nos parece acertada, aunque la inclusión de la baja Andalucía (Tartessos-Turdetania) dentro del grupo meridional no parece a quien esto escribe lo más adecuado, dada la personalidad que esta área posee tanto desde el punto de vista arqueológico, como lingüístico y cultural. Por ello, nos parece un error su inclusión dentro del ámbito "ibérico" por más que en las más recientes síntesis y obras más específicas sobre diferentes aspectos de la cultura ibérica se incluya.

En el segundo de los capítulos de esta obra, la historia de la investigación, se realiza un exhaustivo repaso de las aportaciones más importantes de los diferentes investigadores acerca de los estudios de conjunto sobre la religión ibérica, las actuales líneas de investigación, la identificación de los lugares de culto y el estudio de diferentes materiales relacionados con lo sagrado (exvotos de bronce, de terracota, de piedra, cerámica, etc.).

El tercer capítulo se explicita la metodología empleada, en la que se observa como se utilizan todas y cada

una de las fuentes disponibles, ya sean éstas arqueológicas, epigráficas o las procedentes de los escritores de la Antigüedad clásica, aunque la autora otorga mayor peso a las arqueológicas (p. 39).

El capítulo cuarto presenta la evidencia arqueológica en la que se basan los análisis efectuados en esta monografía, en una exhaustiva recopilación de santuarios de diversa tipología (225) ubicados en cada uno de los grupos geográficos que se habían definido en el capítulo primero. No nos hallamos ante un simple listado de santuarios, sino que en cada uno de ellos la autora nos proporciona documentación gráfica sobre estructuras y materiales, además de su análisis de la evidencia tal y como se usará en la parte analítica de la obra dispuesta a continuación de este capítulo.

Con el capítulo cinco se inicia el análisis de la evidencia, centrándose aquí en definir una tipología de las diferentes estructuras sacras documentadas en el mundo ibérico. En primer lugar define tres grupos: los santuarios urbanos, los extraurbanos y los *heroa* y santuarios funerarios. En el primero de estos grupos incluyen los santuarios domésticos o dinástico-gentilicios, los *templa* urbanos (recintos sacros y templos de tipo clásico) y los santuarios de entrada (intramuros y extramuros, éstos últimos *ad portam* y portuarios). En el segundo, se incluyen los santuarios palatinos, los comunitarios (cuevas-santuarios, abrigos-santuarios, santuarios de control territorial) y los supraterritoriales. El último grupo está formado por los *heroa* (urbanos o extraurbanos), los santuarios en necrópolis y los recintos necrolátricos. En todos los casos la autora nos ofrece su interpretación sobre estas estructuras y elementos de comparación dentro del marco de las religiones mediterráneas, lo que permite aquilatar en buena medida sus características.

Una vez definidos dichos tipos, en la segunda parte del capítulo traza la evolución de estas estructuras sacras, a las que relaciona con la propia evolución de la estructura social ibérica (monarquías sacras, monarquías heroicas, aristocracias, *poleis*). Evidentemente, un problema en dicha interpretación es colocar el mundo orientalizante tartésico en su base, cuya evidencia sólo se circunscribe a la baja Andalucía, fuera del área puramente ibérica, lo que posiblemente pueda llevar a malinterpretar el proceso en el Sudeste de la Península Ibérica, que sufre no sufre un impacto orientalizante tan fuerte y posee un substrato diferente al de la Andalucía occidental. Por su parte, el análisis de la evidencia del Nordeste es mucho más ajustada tanto geográfica como culturalmente al existir una evidente continuidad en todo el proceso.

El capítulo sexto nos ofrece el análisis de los ritos documentados en los diferentes grupos geográficos de la religión ibérica. En primer lugar, trata sobre los elementos de culto, lo que sirve para obtener una mayor información de los ritos practicados, lo que justifica el estudio de estructuras de culto como altares, mesas de ofren-

das, bancos objetos móviles, depósitos votivos, etc.; para posteriormente pasar a analizar ofrendas y exvotos.

A continuación pasa a analizar las ceremonias y actos culturales, planteando un interesante esbozo de lo que podría haber parecido un calendario de fiestas ibéricas centrado en los ciclos solares y en el año agrícola, éste último de enorme importancia en sociedades preindustriales como la ibérica. Igualmente define los rituales populares y de elite, más vinculados los primeros al ámbito público y los segundos al privado al tratarse de ritos de tipo dinástico y/o gentilicio. Posteriormente, la autora analiza los datos existentes acerca del desarrollo del culto, como sería la práctica de libaciones, sacrificios, banquetes, procesiones y danzas, todo ello a partir de las evidencias arqueológicas e iconográficas existentes. Por último, se recogen los datos existentes acerca del sacerdocio en el mundo ibérico.

Por último, la autora nos ofrece una análisis de tipos de ritos documentados en el mundo ibérico, entre los que destacan los agrario-pastoriles y los de fecundidad y procreación, lo que está plenamente justificado en una sociedad preindustrial como es la ibérica. A ellos hay que unir otros como la *lustratio* o purificación ritual, la *sannatio* o ritos destinados a la curación, los rituales de iniciación a paso de edad, los ritos guerreros y los funerarios, todos ellos con buenos elementos de comparación en el mundo mediterráneo.

Por último, este capítulo concluye con un intento de reconstrucción del mundo mítico ibérico, a pesar de las dificultades de no contar con evidencias epigráficas ni de textos escritos. A partir de la evidencia iconográfica proporcionada por el monumento de Pozo Moro se plantea la existencia de un mito cosmogónico vinculado al Melqart gaditano y usado como elemento de legitimación monárquica. Igualmente, a partir del siglo V a.C. se plantea la existencia de mitos de fundación de las ciudades ibéricas según se va consolidando el fenómeno urbano en el Levante de la Península Ibérica.

El capítulo séptimo, último analítico de este libro, ofrece un estudio sobre las divinidades del mundo ibérico, de las que acertadamente señala la autora que no conocemos su nombre pero a las que se puede intentar acceder a través de su *interpretatio* por griegos y romanos. Así, en primer lugar se analizan la iconografía, símbolos y atributos de las divinidades ibéricas, para posteriormente pasar a la definición de las divinidades.

Así, se plantea la existencia en el grupo meridional de una divinidad, que como consecuencia de la colonización fenicia, se identifica con Astarté, una diosa de carácter dinástico, agrario y funerario propia de época orientalizante y vinculada a las monarquías sacras, que posteriormente pasaría a identificarse con la Tanit púnica, de idénticas características pero de un carácter más “popular”. Por su parte, en el Nordeste, esta divinidad, de tipo “diosa madre” se identifica con Artemis y Demeter a causa del influjo de la colonización focense.

Igualmente, la divinidad masculina se identificaría con Melqart, también un dios de carácter monárquico, agrario y funerario, que con el paso de las monarquías sacras a las heroicas ibéricas pasaría a identificarse con Baal Hammon, tanto por la influencia cartaginesa como por no poseer las connotaciones dinásticas de Melqart. Por su parte, en el Nordeste de la Península la documentación no permite tantas precisiones, aunque en Castellón conocemos quizá el único nombre de una divinidad ibérica, Bokon, al que la autora otorga características semejantes a Melqart. Así, se observa como los cambios de divinidades se ajustan también a la propia evolución sociopolítica en el mundo ibérico, desde las monarquías sacras orientalizantes a las *poleis* del siglo III a.C.

En los dos capítulos finales, se explicita esta evolución de las divinidades ibéricas en relación con los propios cambios sociales en el mundo ibérico y los dos diferentes substratos existentes en el sur (tartésico y colonización fenicia) y norte (Campos de Urnas y colonización focense) de la Península Ibérica, además de insertarlos en el marco de fenómenos semejantes que tienen lugar en el Mediterráneo a través del primer milenio a.C.

Por último, la obra se cierra con un amplio índice analítico que facilita sobremanera el uso de un trabajo tan extenso y bien documentado como éste, en el que la autora muestra un amplio conocimiento tanto de la cultura ibérica como de la griega, itálicas y próximo-orientales. En resumen, nos hallamos ante una obra que servirá de base y fuente de datos a la discusión de la religión ibérica durante los próximos años.

Mariano Torres Ortiz

Departamento de Prehistoria. UCM  
torres@idecnet.com

**I. Rodríguez Temiño (2004): *Arqueología urbana en España*. Ed. Ariel S.A., Barcelona. ISBN: 84-344-6698-9. 404 pp.**

Sólo por su título, esta obra deberá ser de obligada consulta para cualquiera que trabaje o estudie Arqueología, y cómo no, también para aquellas otras personas que lo hacen en el Urbanismo. Esta idea también se recoge en el detallado prólogo del libro, firmado por M.A. Querol (pág. 19). Y es que hoy es imprescindible retomar viejas y hacer nuevas reflexiones sobre Arqueología urbana (VVAA 2000a). Como no soy urbanista, aquí realizo una valoración del trabajo de Rodríguez Temiño desde la perspectiva del Patrimonio y la ciencia arqueológica, pero me encantaría que se escribiera al menos otra desde el mundo legal y urbano. Por ejemplo, de la autoría de L. Parejo o J. Bermúdez Sánchez, que también han tratado partes del tema (ver p.e., bibliografía).

Esta lectura imprescindible del libro, no sólo lo es por el interés de la materia, sino porque no hay otra posible en España, es decir, no existe otro texto que abarque el tema con tanta profundidad, ni antiguo ni nuevo, ni mucho menos un manual. De hecho, esto es lo más parecido a uno que nos encontraremos, pero, como bien dice el propio autor en su introducción, no lo es. Quizás, por ser único, esta es la mayor crítica que le puedo hacer a los contenidos del trabajo: algunos temas requieren varias lecturas, en especial las apreciaciones de carácter legal, en las cuales se podrían haber ampliado conceptos y artículos, que por repetidos que estén en la bibliografía (p.e., clásicos como García y Bellido 1988, Cobacho 1991 o Waingright 1993 y más recientes como Abad 2000 o los dos autores citados anteriormente, Parejo 2000, Bermúdez 2003), son básicos para comprender parte de los comentarios que se hacen.

El autor olvida una de sus primeras apreciaciones (pág. 22, 2º párrafo): el que una parte de los conocimientos que posee no los aprendió en la carrera, sino que fue su formación primero en el campo de batalla, como arqueólogo urbano, y luego en la retaguardia, como gestor de Patrimonio Histórico, lo que le permitió/obligó a acceder a ellos. Expresa así que no estaba preparado para temas de los que aquí habla como <<Patrimonio, gestión, tutela o salud laboral>>. Que su obra sea única en la materia, debería haberle recordado lo lejos que aún se está en el colectivo arqueológico español de algunos conocimientos elementales sobre la Arqueología urbana, aunque para él estén más que superados. Así, el tratamiento del libro como un manual, lo que no significa renunciar a las críticas constructivas y las reflexiones, hubiera facilitado su comprensión.

Por tanto, este texto también es un reto intelectual, un reto que se aprecia desde el primer capítulo, con el repaso al nacimiento de la Arqueología urbana. Sin embargo, para mí es a partir del segundo, donde el “meollo” del libro empieza a mostrarse con rotundidad. Las tintas comienzan a cargarse, su título nos lo anuncia: <<La inves-

tigación arqueológica en las ciudades: una asignatura pendiente>>. Las referencias, sugerencias, comentarios, explicaciones, etc. empiezan a desbordar al público lector. El vaciado bibliográfico abruma, pero no sólo por su número, sino porque a veces se citan trabajos de índole local o con repercusiones que no van más allá de la Comunidad Autónoma en la que se publican, lo que hace más complicada su consulta. También destaca por la habilidad en el engarce de múltiples artículos/ponencias parciales sobre la Arqueología en las ciudades, que han sido dispersados en publicaciones y congresos (ver p.e. VVAA 1983, 1996, 1999 y 2000a). Estas características, Rodríguez Temiño no las abandona hasta el final de su libro.

Por otra parte, no comparto la separación que hace el autor creando un capítulo quinto sobre sistemas de registros estratigráficos usados en las intervenciones urbanas. En mi opinión debería haber formado parte del segundo título o ser al menos continuación de éste sobre investigación en las ciudades. Él, en cambio, las considera como acciones distintas -investigación e intervención- dentro de la tutela de Bienes culturales (pág.24)... como si al “tutelar” una intervención, no se “debiera controlar” la investigación que genera, que, como bien expone él mismo, es lo único que le da sentido a este tipo de actuación... Es más, si algo caracteriza al apartado quinto, es la búsqueda de criterios adecuados para “extraer los reta-



les de Historia” que contienen las metrópolis actuales.

La parte central del libro, es la más dura con diferencia, la que muestra claramente el inmenso esfuerzo que hay detrás de este trabajo. Rodríguez Temiño nos introduce en los caracteres jurídico-administrativos de la gestión del Patrimonio Arqueológico urbano. No se queda en la aproximación legal a escala estatal, sino que baja a los niveles autonómicos y ejemplifica a través del planeamiento municipal de ciudades españolas y extranjeras (del ámbito europeo), lo compleja que resulta la Arqueología preventiva. A ello hay que añadir que se va más allá del presente, remontando y recorriéndose desde finales de los 60 hasta hoy en la mayoría de las explicaciones.

Esta última característica se da prácticamente en todos los capítulos. Junto con ella, destaca también el tratamiento de más de una veintena de ciudades españolas y en torno a la decena del exterior en alguna faceta de la obra, lo que invita a realizar lecturas horizontales y permite curiosear, sin perder el hilo, aspectos concretos de cada urbe.

Volviendo al contenido legal, como anunciaba, quizás sea en él donde el público lector necesitará tener unas nociones básicas y previas sobre la materia. Del mismo modo, me parece que este es el lugar adecuado para comentar la mayor carencia del documento: la falta de cualquier figura o ilustración que ayude o descargue la densa literatura a la que se nos somete. Otros autores y autoras, como por ejemplo, Querol y Martínez Díaz 1996, optaron por incluir en su libro, cuya lectura también es costosa, cuadros y esquemas que intentaban clarificar la situación jurídica.

Menos novedosa es la sección que trata la profesionalización de la Arqueología, si bien era inevitable su inclusión. En las intervenciones arqueológicas urbanas están las bases de este tema. Se hace así un repaso reflexivo y actualizado sobre el mismo, que ha sido comentado varias veces en debates nacionales e internacionales (ver p.e., Morgan 1999 o VVAA 2002. Por citar algunos recientes). No obstante, aquí aparece una de las ideas más interesantes del libro, aunque ciertamente utópica, para solucionar la precariedad e inestabilidad de la profesión arqueológica en el mercado libre. El autor propone la creación de un cuerpo similar al de notaria, pero para la Arqueología. Ingeniosa sugerencia, que sin dejar de ser un sueño, invita a nuevas cavilaciones sobre el colectivo profesional...

Culmina la obra un sexto capítulo sobre la valoración del Patrimonio Arqueológico, que está repleto de ejemplos sobre integraciones de restos arqueológicos en distintas ciudades españolas. Lástima que sea el único sitio donde se ha renunciado a la perspectiva internacional en cuanto a la muestra, algo que no se entiende, puesto que la lectura de otras secciones deja claro que el autor conoce modelos de ciudades foráneas. Se echa también en falta un mayor detenimiento en los discursos que acom-

pañan a las integraciones, puesto que no basta con preservar (parte de) los yacimientos en posición original, sino que también hay que hacer comprensible su contenido histórico para cualquier persona, que es lo único que a mi entender, da sentido a la conservación.

Así mismo, debo destacar, que aunque los citados ejemplos son los que más espacio abarcan en la sexta sección, no son lo más interesante. Justo detrás de ellos, hay un análisis socio-político de las noticias en prensa sobre escándalos, venturas y desventuras de la Arqueología urbana que no deja impasible. Análisis que ya aparecía en un apartado del capítulo 5 de su tesis doctoral inédita (1997) y que se ha completado con nuevas informaciones que llegan hasta la actualidad. Noticias, que por cierto, nos ponen en evidencia al colectivo profesional representante de la Arqueología en este país, principalmente por nuestra falta de movilidad conjunta, la cual es uno de los factores claramente perjudiciales para la protección del Patrimonio Arqueológico.

Por último, cierran el libro dos páginas que el autor denomina recapitulación, pero todos los capítulos y gran parte de los subapartados terminan con una. Son estas recapitulaciones donde están los comentarios más lúcidos del texto. De estos últimos, siendo consciente de que muchos quedarán en el tintero, sí quiero resaltar los que para mí representan las claves de la obra. Se sugiere así, una mayor coordinación entre ayuntamientos y administraciones competentes en Patrimonio Histórico para mejorar la gestión arqueológica en las ciudades, animando incluso al traspaso de algunas competencias a las corporaciones locales. También se comenta la necesidad del tratamiento de conjunto de las intervenciones arqueológicas urbanas, con proyectos de investigación que superen el ámbito del solar, o que la intervención en inmuebles emergentes sea merecedora de metodologías arqueológicas especializadas. Igualmente, queda constancia de lo insuficientes que son las tradicionales normas de protección arqueológica sobre el planeamiento urbanístico, que se han convertido en meros mecanismos administrativos “automatizados” para el desalojo del Patrimonio Arqueológico urbano, haciéndose por ello imprescindible su revisión y actualización en la mayoría de ciudades españolas, y sobre todo, obligándose a través de estas normativas a modificar actuaciones urbanísticas para evitar las realización de tantas intervenciones arqueológicas, es decir, procurando que haya Patrimonio Arqueológico “intocable”. Como adelantaba, no faltan tampoco las referencias a la profesión arqueológica, planteándose la búsqueda del respeto social como solución para conseguir una mayor ética en los trabajos, que a su vez permita que nuestros dictámenes u opiniones estén a la misma altura y consideración que los de otros y otras especialistas implicadas en la problemática urbana. Y por último, quizás lo más importante, una concepción del Patrimonio Arqueológico urbano contextualizada en el medio en que se desenvuelve, como un elemento más

de la calidad de vida ciudadana y de ese desarrollo sostenible del que tanto hablamos, y del que tanto carecemos en las urbes...

Ante todo este contenido señalado, me pregunto: ¿Hay alguien en la Arqueología española que pueda permitirse el lujo de no pararse a recapacitar sobre las relaciones de la citada ciencia con el mundo urbano? ¿Cómo se ha podido tardar tanto en publicar un libro sobre una Arqueología que lleva más de 15 años de práctica en nuestras calles y barrios? ¿Dónde están los equipos de investigación que trabajan en estos temas más allá del ámbito de una localidad concreta? ¿En cuántas universidades se imparte una asignatura dedicada exclusivamente a enseñar la Arqueología en las ciudades?, que sin saber datos absolutos, es generadora de más del 70% de las intervenciones arqueológicas en España. Seguro que quién lea esto, podrá añadir unas cuantas preguntas iró-

nicas más, e incluso, opinar que tampoco se aprenden otras materias necesarias para la profesión durante la carrera universitaria. Pero esto no hace menos importante la reivindicación de que la Arqueología urbana tiene un papel determinante en nuestra ciencia y que cuanto antes ocupe el sitio que le corresponde en el debate científico, más posibilidades tendrá de mejorar su ejercicio.

El mérito de Rodríguez Temiño al escribir este libro es doble, por una parte, por colaborar a esa reivindicación con una obra única en su especie, y por otra, por generar ciencia arqueológica, sin recibir su salario de ningún centro de investigación.

Alicia Castillo Mena

Departamento de Prehistoria. UCM

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

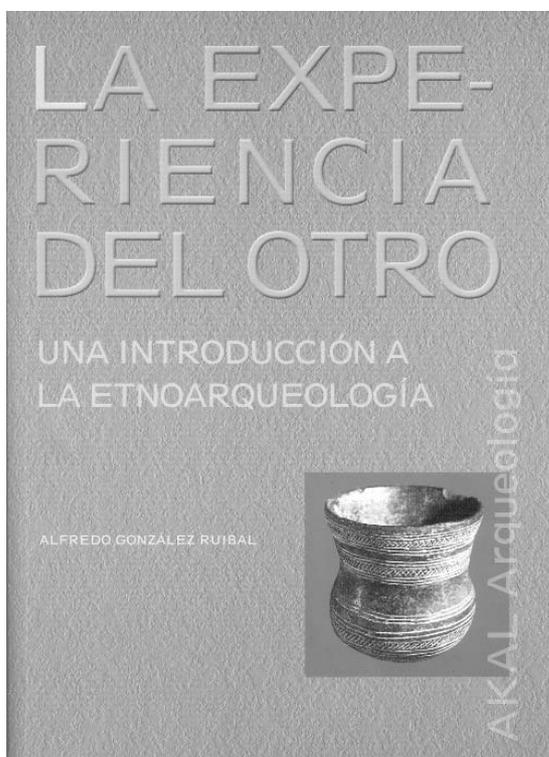
- ABAD LICERAS, J.M. (2000): *Urbanismo y Patrimonio Histórico*. Cuadernos de Urbanismo, 2. Ed. Montecorvo.
- BÉRMUDEZ SÁNCHEZ, J. (2003): *El derecho de propiedad: límites derivados de la protección arqueológica*. Ed. Montecorvo.
- COBACHO GÓMEZ, C. (1991): Medidas de intervención en el Patrimonio Arqueológico previstas en los planes urbanos. *Jornadas Internacionales de Arqueología de intervención*, Gobierno Vasco: 85-96.
- GARCÍA Y BELLIDO, J. (1988): Problemas urbanísticos de la Ley de Patrimonio Histórico Español: un reto para el urgente desarrollo legislativo autonómico. *Ciudad y Territorio*, 78-4: 3-22.
- MORGAN, B. (1999): Bournemouth to Bermuda: Reflections on the 1999 EAA Annual Conference. *The European Archaeologist* 12, Winter: 1-2.
- PARERO ALFONSO, L. (2000): Urbanismo y Patrimonio Histórico. *Patrimonio Cultural y Derecho*, 2: 55-78.
- QUEROL, M.A.; MARTÍNEZ DÍAZ, B. (1996): *La gestión del Patrimonio Arqueológico en España*. Alianza.
- RODRÍGUEZ TEMIÑO, I. (1997): *Patrimonio Arqueológico y sociedad. Análisis de un desencuentro*. Tesis doctoral, inédita. Universidad de Granada.
- WAINGRIGHT, G.J. (1993): The management of change: archaeology and planning. *Antiquity*, 67: 416-421.
- VVAA (1983): *Primeras Jornadas de Arqueología en las ciudades actuales*. Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza.
- VVAA (1996): *Vivir la ciudades Históricas. Coloquio ciudades modernas superpuestas a las antiguas. 10 años de investigación*. Fundación La Caixa, Consorcio Ciudad Monumental, Histórico Artística y Arqueológica de Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, Badajoz 1997.
- VVAA (1999): *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 9: 339 y ss.
- VVAA (2000a): Archaeology and urban development. New Council of Europe code of practice. *The European Archaeologist* 13, Summer 2000: 1-4.
- VVAA (2000b): *I Congreso Internacional Ciudad, Arqueología y Desarrollo. La musealización de los yacimientos arqueológicos*. Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Museu d'Història de la Ciutat, Comunidad de Madrid.
- VVAA (2002): *1ª Jornada sobre Arqueología Profesional en la Comunidad de Madrid*. <http://www.cdlmadrid.es/profesionales/secciondearqueologia> (última consulta: mayo 2002). Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y Ciencias de Madrid. Sección de Arqueología.

**Alfredo González Ruibal (2003): *La experiencia del otro: una introducción a la etnoarqueología*. Ediciones Akal, Madrid. ISBN 84-460-2060-2. 188 pp., il.**

Hace unas semanas escribía una recensión sobre otra obra de González Ruibal que también se editó en 2003. Entonces anotaba que aquel libro —*Etnoarqueología de la emigración: el fin del mundo preindustrial en Terra de Montes (Galicia)*— era un trabajo no sólo de gran interés sino realmente excepcional; algo similar se puede afirmar de *La experiencia del otro*, aunque sobre este último haremos algunas observaciones críticas muy personales. La obra que ahora comentamos es el tercer título publicado por la editorial Akal en la serie que sobre arqueología dirige Marisa Ruiz-Gálvez Priego. Los dos anteriores son *Arqueología de la identidad*, de Almudena Hernando, y *Los señores del ganado*, de Jesús R. Álvarez-Sanchís. Como se anota en el subtítulo, el libro de González Ruibal es una introducción a la etnoarqueología, ámbito, tema o disciplina sobre el que aún se ha escrito poco en España, y muchos menos un manual; tampoco se dispone de mucho más en el ámbito internacional: aunque es cierto que se dispone de otros títulos, el autor cita como única obra de síntesis el libro *Ethnoarchaeology in action*, publicado en 2001 por N. David y S. Kramer.

La estructura de la obra es sencilla y didáctica: tras el prólogo, un primer capítulo sobre “Teoría y método”, quizás excesivamente escueto; los dos siguientes abordan “la práctica arqueológica” y se subtitulan respectiva-

mente “Vida y muerte de la cultura material” y “Sociedad y mundo material”; el capítulo cuarto y último debate sobre “La etnoarqueología del futuro”. Además de la bibliografía, el libro incluye un índice analítico y otro de pueblos y regiones; ambos son de agradecer, si bien el primero no es ciertamente muy completo. Aunque luego haremos algunas matizaciones, es indispensable ofrecer una definición operativa de etnoarqueología, a partir de la cual comentar los contenidos del libro. Nada mejor entonces que citar la que propone el autor: “etnoarqueología es el estudio arqueológico de sociedades generalmente preindustriales, con el objetivo de producir una arqueología más crítica y menos sesgada culturalmente”. Tras este punto de partida, González Ruibal dedica el capítulo segundo a presentar, comentar y valorar las aportaciones hechas por los etnoarqueólogos —aunque a muchos podríamos definirlos sencillamente como arqueólogos o como antropólogos— al análisis de la cultura material. Si bien reconoce que la mayoría de las investigaciones se orientan hacia el estudio del uso o la fabricación de los útiles y herramientas, el autor trata de ofrecer información sobre “cada uno de los episodios de vida de los artefactos: nacimiento, actividad y muerte”, y lo hace efectivamente sobre materiales líticos, cerámica y metalurgia, repaso que completa con un extenso apartado dedicado de forma específica a los procesos de formación del registro arqueológico. El capítulo tercero se adentra en el ámbito de las relaciones sociales y políticas en tanto que escenarios en los que interactúan los elementos de la cultura material —estudiados tradicionalmente y casi siempre de forma aislada por la arqueología— con el complejo entramado de valores, rituales, creencias, ámbitos de identidad, jerarquización, etc., que tan detalladamente han sido revisados por la etnografía y la antropología social. Como hiciera también en su libro sobre etnoarqueología de Galicia, en ese capítulo González Ruibal aborda ámbitos de estudio novedosos, y lo son especialmente los que se dedican al género y la infancia. Como queda anotado, los dos capítulos que acabamos de mencionar son esencialmente un repaso a trabajos realizados por antropólogos interesados por el estudio de la cultura material de sociedades mayoritariamente preindustriales o por arqueólogos preocupados por cuestiones similares cuyas conclusiones, en su caso, pretenden ser reorientadas hacia el conocimiento de otras sociedades del pasado, básicamente en el mundo occidental. El recorrido que hace el autor por ese amplio muestrario de investigadores e investigaciones es de gran interés, tanto para lectores arqueólogos como para antropólogos, no sólo porque se trate seguramente del único análisis de tal amplitud y profundidad escrito en castellano, sino por la calidad intrínseca del estudio. Anotemos únicamente que algunos ámbitos de análisis quedan huérfanos de deter-



minadas tradiciones de investigación no mencionadas por el autor. Aunque quizás sólo se deba a que hemos tenido alguna relación con este campo de trabajo, nos llama la atención que al estudiar las formas de aprovechamiento y utilización práctica y simbólica de la fauna —tanto en sociedades predatoras como productoras— no se citen los trabajos desarrollados sobre todo por autores franceses vinculados con la etnozología, con la etnozootecnia o con lo que Jean-Pierre Digard llamó la “antropología de la domesticación”, que interesan tanto a la historia como a la antropología y la arqueología.

Pero si es cierto que el libro de González Ruibal es de lectura muy recomendable, también opinamos que el propio marco estructural en el que se inscribe está sujeto a enormes controversias. El principal problema que observamos tiene que ver con algo tan básico como el propio concepto de etnoarqueología y todo lo que con esta actividad o disciplina se vincula. Es en el capítulo primero, “Teoría y método” donde González Ruibal acota los contenidos y objetivos de la etnoarqueología, y es también aquí donde creemos encontrar algunos problemas. Aunque el autor anota varias definiciones de etnoarqueología, opta por considerarla, como ya adelantamos, una arqueología de las sociedades preindustriales contemporáneas, diferenciándola así —aunque ambas pueden y deben cooperar— de la llamada “arqueología del mundo capitalista”. Asegura que “la etnoarqueología nos ofrece la posibilidad de conocer personalmente al Otro, de hacerle preguntas, de convivir con él, algo con lo que cualquier arqueólogo habrá soñado alguna vez en su vida”. En realidad, esa posibilidad la ofrece desde hace décadas el trabajo de campo antropológico, no una disciplina más o menos nueva llamada etnoarqueología, por mucho que sea un arqueólogo quien la realice. Pero hay más: ese “Otro” con el que puede comunicarse directamente el etnoarqueólogo no es el “Otro” con el que un arqueólogo habría soñado convivir o quizás sólo “espigar”, sobre todo para evitarse molestias. En la inmensa mayoría de los casos el “Otro” del arqueólogo está muerto, sin más. No comparto la idea defendida por Ruibal de que las actuales sociedades preindustriales “son las mismas que poblaron durante milenios la Prehistoria”. Si así fuera, sería perfectamente válida la analogía etnográfica más simple, la comparación directa entre un recipiente de cerámica actual y uno de la Edad del Hierro, ejemplo y procedimiento que el autor cita explícitamente como práctica no etnoarqueológica. Apunta González Ruibal que la etnoarqueología se interesa por algo que ha sido tradicionalmente despreciado o infravalorado: la cultura material. Pero esto es cierto solo en parte, ya que si es verdad que tal coyuntura se ha vinculado con ciertas escuelas o corrientes en antropología social, también lo es que en otros ámbitos, más estrictamente etnológicos o etnográficos, la cultura material ha sido especialmente atendida; otra cosa es cómo se ha realizado la investiga-

ción y si ha existido alguna preocupación teórica o metodológica al afrontarla.

La insistencia del autor en que la etnoarqueología nos permite “acercarnos a la diferencia [...] acceder a la experiencia del Otro”, “experimentar lo diferente”, en definitiva, no deja de ser también una consideración discutible, por dos razones fundamentales. En primer lugar, afirma González Ruibal que la etnoarqueología, “más que mostrar un Otro opuesto a nuestra cultura, debe mostrar las diferentes posibilidades de Otros que existen o han podido existir” y, citando a A. Hernando, considera que más que comparar culturas el objetivo sería “comprender otros órdenes de pensamiento, otras formas de identidad personal y cultural”. Suscribimos ambas anotaciones, pero deseamos recordar que precisamente éstas han sido las premisas que han guiado la práctica antropológica desde hace ya bastantes años, nada nuevo puede ofrecer aquí la etnoarqueología. Por otra parte, la mayor parte de los etnoarqueólogos no parecen estar interesados realmente por ese “Otro” que podríamos calificar como un “primitivo moderno”. Tratan de conocer la cultura material y el lugar que ésta ocupa en el entramado social y simbólico de la sociedad preindustrial de referencia, pero lo hacen casi siempre con el propósito de alumbrar el pasado de una sociedad distinta y en la mayoría de los casos occidental. De hecho, la propia definición de etnoarqueología que se maneja en ésta y en otras obras de referencia anula cualquier proyecto de estudio arqueológico de las sociedades preindustriales: si lo que hoy vemos es igual a lo que existía en el pasado, ¿para qué molestarnos en excavar? No obstante, es evidente que, junto con lo que podríamos calificar como trabajo de campo antropológico practicado por arqueólogos, éstos también pueden hacer arqueología de las sociedades preindustriales; ¿por qué llamarlo entonces etnoarqueología? El autor menciona esta circunstancia, pero no ofrece una respuesta clara. Reconoce también que “hasta hace bien poco (y aún ahora en muchos casos) la etnoarqueología ha procurado exclusivamente utilizar a las comunidades preindustriales para resolver nuestros propios problemas arqueológicos”, y que esta circunstancia otorga a su propio repaso a la investigación un “sesgo neocolonial”. En este caso, González Ruibal sí ofrece soluciones para que la etnoarqueología se desembarace de ese lastre. Considera, en primer lugar, que deben rechazarse de forma contundente las aproximaciones sociobiológicas y darwinistas sociales que reducen al “Otro” a “su simple biología”. Aboga por el respeto de unas normas éticas que impidan “el desprecio hacia las sociedades locales”, asegura que sólo la comparación “unidireccional” es perversa y, citando a Hodder, propone que el etnoarqueólogo se interese por las necesidades de las sociedades que estudia, que participe más activamente en su vida diaria. Incluso va más allá y, citando ahora a K. Fewster, advierte sobre “la posición aventajada del etnoarqueólogo en la planificación del desarrollo

de las comunidades con que trabaja”, aunque Ruibal matiza que el objetivo habría de ser “que sus condiciones de vida [las de los pueblos estudiados] mejoren dentro de sus parámetros culturales, lo que puede significar la defensa contra agresiones de sus gobiernos o de intereses económicos nacionales y extranjeros”. Desde luego, es una cuestión cuanto menos delicada la de establecer unos “parámetros culturales” particulares para, a partir de ellos, fijar a su vez las características y el alcance de las citadas mejoras. González Ruibal es consciente de éste y de otros muchos problemas que se vinculan con tales propuestas, y aunque aboga porque los investigadores “discutan los proyectos arqueológicos (o etnoarqueológicos) con la gente local, desde el planteamiento de los objetivos hasta la interpretación y la divulgación”, insiste en que esto “no implica ceder en los presupuestos científicos de la investigación”. También reconoce que “el respeto a las personas que estudiamos [...] implica determinados problemas” y que el propio “respeto a las tradiciones nos puede poner en un aprieto”. Es cierto, y en este caso la recomendación que nos hace el autor es categórica: las sociedades preindustriales no deben ser consideradas ejemplos de “sencilla autenticidad”, y tampoco las críticas a la Modernidad deben concluir en la fundamentación de opciones políticas reaccionarias. Para González Ruibal, las “comunidades tradicionales, por el hecho de serlo, no son necesariamente maravillosas: son, simplemente, diferentes”.

Todo este catálogo de propuestas de intervención que el autor nos presenta, y que ciertamente están poniendo ya en práctica algunos arqueólogos, se nos antoja que es o puede convertirse en una mera fachada de solidaridad y compromiso social que oculta otros intereses o intenciones, aunque es obvio que habrá proyectos no sólo políticamente comprometidos sino incluso vitalmente arriesgados. Pero dado que la etnoarqueología tiene aún, ha tenido siempre en realidad, un marcado sesgo neocolonial, dado que en buena medida utiliza a las sociedades tradicionales como mero banco de pruebas para conocerlos a “Nosotros” mismos, algunos pueden pensar que es conveniente e incluso recomendable maquillar tal proceder con proyectos propios de una ONG. Por supuesto, no digo que González Ruibal opte por esta especie de justificación o pantalla sociopolítica de la etnoarqueología, pero es muy probable que así ocurra con otros investigadores. Por otro lado, hace tiempo que la llamada antropología aplicada tiene como principal objetivo la intervención directa —cierto que desde muy variadas opciones ideológicas— en las sociedades que son su objeto de estudio, por lo que la etnoarqueología tampoco podría aportar en esto demasiadas novedades, aunque quizás sí en lo que se refiere a la puesta en valor de la cultura material, en cuanto que patrimonio histórico e identitario de esas comunidades.

Las críticas que hemos anotado no deben entenderse en ningún caso como una censura del libro de González

Ruibal, sino como una muy personal, y quizás errada, discusión sobre el concepto de etnoarqueología. En realidad, mis discrepancias con las propuestas del autor son esencialmente terminológicas, aunque también queda terreno para el debate sobre los propios proyectos de investigación arqueo-antropológicos. En primer lugar, opino que la mayor parte de los estudios que se engloban bajo el concepto de etnoarqueología deberían calificarse como “antropología de las técnicas”, siguiendo así la propuesta de P. Lemonnier que el propio Ruibal menciona. Si el investigador recurre a la excavación, estará practicando arqueología, ya lo haga en el ámbito de una sociedad de la Antigüedad europea o en los restos de un poblado africano. Si se desea adjetivar esa práctica arqueológica como antropológica, bien está, pero tampoco sería indispensable. Si se pretende que la investigación tenga una aplicación sociopolítica, no dejará tampoco de ser el resultado de una práctica arqueológica. Si el arqueólogo estudia a sociedades vivas, ya se trate de su cultura material o de sus ámbitos de identidad, estará haciendo etnología o antropología.

En la reseña del otro libro de Ruibal que citaba al comienzo destacaba la importante aportación que en esa obra hace el autor al conocimiento de los contextos y las consecuencias de la emigración en Galicia durante el siglo XX, algo que se logra gracias a una muy innovadora aproximación arqueológica, o etnoarqueológica, al estudio de las estructuras habitables abandonadas y a la cultura material que en ellas se documenta. En esa reseña no planteé ninguna observación crítica sobre el concepto de etnoarqueología, pues consideré que lo más importante era destacar la propia investigación desarrollada por el autor. Además, aunque también en aquella obra defendía González Ruibal su consideración de que la etnoarqueología estudia “las sociedades actuales preindustriales” —reservando el de “estudios de cultura material” para las industriales—, el hecho de enfrentarse al análisis de una sociedad no totalmente “preindustrial”, como fue la Galicia de hasta hace tres o cuatro décadas, suavizaba de algún modo esa inicial dicotomía técnica o disciplinar entre etnoarqueología y estudios de cultura material.

En cualquier caso, la discusión terminológico-disciplinar que estamos planteando quizás sea del todo irrelevante. El extraordinario trabajo que nos ofrece González Ruibal en su *Etnoarqueología de la emigración* puede definirse con ese término, con el de arqueología histórica o con el que se prefiere; sea cual fuere el que empleemos, no variará el interés de la obra. En *La experiencia del otro* se preocupa, ahora sí, de modo directo y casi exclusivo por el estudio de sociedades preindustriales. La obra se subtitula *Una introducción a la etnoarqueología*, pero podría haberse escrito arqueología histórica o antropología de las técnicas, y tampoco se hubiera resentido su calidad. Lo único que sí consideramos revisable es el citado proyecto dicotómico que separa de forma ra-

dical el estudio del “Otro” del de “Nosotros”. Hace tiempo que la misma antropología amplió su ámbito de estudio —es cierto que forzada por la imparable expansión de los parámetros culturales occidentales— hacia todas las sociedades humanas, dejando a un lado su tradicional especialización en pueblos exóticos o “primitivos”. ¿Por qué insistir tanto en la diferencia entre “Otros” y “Nosotros”, unos estudiados desde la etnoarqueología y otros desde los estudios de cultura material o antropología de las técnicas? Es más, ¿quién se puede definir como “el Otro”? ¿únicamente el miembro de una sociedad preindustrial? ¿No es menos “Otro”, respecto a los miembros

de las clases dominantes, el habitante de un barrio obrero de cualquier ciudad occidental? Es evidente que en uno u otro contexto las distancias culturales, y también socioeconómicas, entre individuos y grupos de individuos son enormes, pero no creo que hagan necesario recurrir a supuestas disciplinas diferenciadas.

Luis Ángel Sánchez Gómez

Departamento de Prehistoria. UCM

**Luis Ángel Sánchez Gómez (2003): *Un imperio en la vitrina. El colonialismo español en el Pacífico y la exposición de Filipinas de 1887*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Departamento de Historia de América. Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo. Madrid. ISBN 84-00-09190-0. 396 pp., 12 fotografías b/n**

El atractivo de este libro radica fundamentalmente en la forma de abordar desde una perspectiva novedosa temas a su vez poco frecuentes en la tradición española de los estudios históricos y museológicos. Por un lado, un análisis de las prácticas expositivas del siglo XIX, por otro, la reflexión crítica sobre la política colonial española en Filipinas. Hay que tener muy presente que dicho pasado colonial, es bastante desconocido para el lector no especialista. De ahí que las prolijas notas que se proporcionan, si bien rompen el ritmo de la lectura resultan de gran utilidad para tomar contacto con toda una terminología poco familiar. Y por último, aunque no menos importante, el papel de la presentación y acercamiento del “otro” en el proceso de construcción identitaria en el contexto español.

Desde este punto de vista esta obra supone una importante aportación al cubrir algunas lagunas de las que el propio autor es consciente. Señalando, por un lado, el vacío que existe en la investigación relativa a los propios textos generados sobre Filipinas en esta época, finales del siglo XIX. Y por otro lado, desde un punto de vista metodológico, la carencia de estudios que hayan introducido un enfoque como el que aquí se propone. En él se articulan las dimensiones histórica y antropológica para poder obtener una visión que muestre la imagen colonial que se estaba construyendo y su reflejo en diferentes ámbitos, superando la mera descripción o relación documental. De hecho es esta reflexión la que cierra prácticamente el último capítulo.

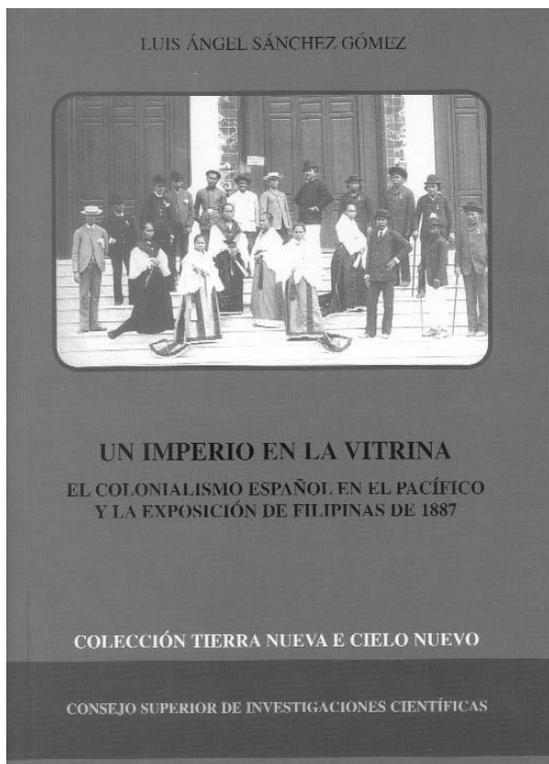
Un aspecto más que hay que añadir a los anteriores es su aportación a los estudios de antropología visual en España. Éstos son aún incipientes (Lisón Arcal 1997 y 1999; Buxó 1999) siendo otras tradiciones, la anglosajona principalmente, las que se han impuesto. De ahí que se pueda considerar una forma de abrir las miradas más

allá de ese marco estricto de referencia. Se aportan datos y reflexiones sobre una experiencia expositiva, singular, ciertamente, y puntual, la exposición de Filipinas de 1887 en Madrid, frente a la mayor proliferación en otros países como Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia en lo que a exposiciones universales y coloniales se refiere (Días 1997, 1998; Hinsley 1991). Debe valorarse, en cambio, en su justa medida, como contrapunto a toda una serie de ideas generalmente asumidas.

Entre las diferencias más significativas que presenta dicha exposición cabe señalar: 1) la ausencia de explotación económica de los “invitados exhibidos”, 2) el grado de voluntariedad de la presencia de los mismos frente a prácticas mucho más violentas, como el secuestro o sibilinas, argumentos engañosos, frecuentes en otros casos y 3) la no-identificación en la exhibición entre fieras y grupos étnicos. Si bien no se puede desligar esta experiencia española del fenómeno general del colonialismo del que la práctica de las grandes exposiciones forma parte (p. 317).

No obstante, no son las imágenes en sí el objeto de estudio de este trabajo, como pone de manifiesto el escaso número de ellas que se incluyen y el tratamiento de las mismas susceptible de una mayor profundización. De hecho un mapa del Archipiélago con la división administrativa de la época hubiera sido de gran utilidad. La riqueza del análisis radica, en cambio, en la integración de fuentes documentales diversas —documentación histórica oficial, artículos de prensa, memorias, publicaciones de carácter divulgativo relativas a la exposición, las colecciones— lo que permite analizar diferentes discursos textuales, y en menor medida visuales, para ofrecer una imagen de conjunto.

Desde un punto de vista teórico el autor intenta alejarse de posiciones postmodernas de análisis del discurso.



Diferenciándose en cierto modo de otras obras de esta temática, de claro enfoque postmoderno y deconstruccionista. Este ámbito de las exposiciones universales y los espacios de representación del “otro” en general es uno de los campos que dentro del análisis del discurso visual más ha centrado la atención de los estudiosos (Russell 1997, 1999) incidiendo muy especialmente en la dimensión de género, un aspecto que no es prioritario en este caso.

Insistiendo en el carácter transdisciplinar, merece la pena destacar la aplicabilidad de los planteamientos teórico-metodológicos seguidos en este trabajo en el contexto del proceso de construcción de la disciplina arqueológica y su divulgación, Un tipo de estudios prácticamente inexistentes en España. No obstante, dadas las afinidades que en sus comienzos han tenido la antropología y la arqueología, han sido abordadas de una forma interrelacionada en otros contextos (Moser 2001). Finalmente el contenido de estas páginas no agota el tema en sí, ni mucho menos, ni lo reduce a una experiencia cerrada, sino que hace reflexionar sobre su eco en las formas de presentación y re-presentación actuales. Tal y como el propio autor expone señalando algunas líneas de continuidad entre las experiencias decimonónicas y algunas recientes. Así señala el caso de los diversos eventos celebrados en Barcelona refiriéndose también a los Juegos Olímpicos de 1992 (p. 355), si bien cabría incluir ya el Forum 2004.

Otra de las importantes aportaciones del libro es la reflexión crítica en consonancia con las propuestas plan-

teadas por otros autores (Olmo 1998; Hernando 1999; Querol 2001). Se evita caer en la mera descripción historiográfica o museológica sobre las prácticas expositivas de ese momento histórico, lo que nos acerca a su repercusión en las actuales (Müller-Scheessel 2001; VV.AA 2003; Heras y Lasheras 2003; Hofman 2003), así como su eco en otras disciplinas como la arqueología. Una fluidez de fronteras disciplinares a la hora de valorar las ideas y formas de (re)presentar a las comunidades prehistóricas y primitivas, tanto propias, el mundo rural, como lejanas, los pueblos colonizados, que en España no se ha dado, pese a los numerosos elementos en común. En este sentido, la fuente de inspiración de los trabajos sobre análisis del discurso visual en museos arqueológicos son sin duda los estudios antropológicos (Moser 1996; Russell 2000, 2001a, 2001b).

En definitiva un mayor conocimiento sobre las formas de representación en el pasado puede ayudarnos a entender por qué son viables, o se perpetúan determinadas formas, y por otras no son o resulta tan difícil su asimilación hoy día.

Es en el análisis expositivo, más que en el colonial en el que se centra el análisis, frente a otros trabajos del autor (Sánchez Gómez 1987). Se dedica así un breve capítulo final a esta temática que sirve en cierto modo de telón de fondo del resto del análisis de la exposición. Aunque se intente entretrejer las dos dimensiones históricas, externa e interna a lo largo de los diferentes capítulos.

El libro cuenta con trece capítulos más un prefacio y una introducción. Si bien la estructura del mismo es algo desequilibrada. Presentando capítulos, con entre siete y diez páginas frente a otros de cincuenta y uno de ellos más de noventa. Lo que da lugar en estos últimos a numerosos subapartados que permitirían aglutinar como tales a los mencionados capítulos breves.

El hilo narrativo se desarrolla de lo concreto a lo general. Así, después de haber abordado amplia y detalladamente en capítulos anteriores los diferentes aspectos de la exposición de Filipinas de 1887, se dedican dos capítulos de carácter comparativo que enmarcan en cierto modo aquella con exposiciones anteriores y posteriores.

En cuanto a la distribución de los capítulos, tal vez sería más adecuado otro orden que delimitara mejor los diferentes aspectos que aborda la obra, la situación, el contexto, la historia externa, la exposición y sus repercusiones en esa época. Así los capítulos siete y nueve, dedicados respectivamente al tratamiento de la exposición en los artículos de prensa del momento y al punto de vista de los religiosos desde la óptica de una antropología política, tendrían tal vez más sentido situados después de los demás capítulos dedicados a la exposición y a las otras exposiciones. Junto a los muy breves capítulos doce dedicado a los ecos y consecuencias de la exposición, y trece que aborda la dimensión ideológica principalmente colonialista de la misma.

La hipótesis que sostiene el autor en su análisis es que la exposición de Filipinas supuso escasos cambios significativos/estructurales tanto en la percepción que la sociedad tenía sobre dicho Archipiélago como en la práctica política colonial. Por un lado, en el capítulo en el que aborda las colecciones hace referencia a cómo la exposición en sí no hacía sino reforzar las imágenes previas del público en general. A quien lo que verdaderamente le llega es el discurso directo y cercano de las recreaciones de ambientes y la presencia de la colonia filipina (p. 88-90). Por otro lado, señala cómo las aportaciones científicas no fueron lo suficientemente significativas, ni las que hubo lograron calar en la política colonial (p. 221). Tampoco se satisfacen las expectativas de promoción comercial que la organización había puesto en el evento.

Un último aspecto a destacar es el énfasis del autor en mostrar una realidad compleja en la que las relaciones no son únicamente duales, población española versus población filipina, sino que dentro de esta última las lecturas que de esta experiencia se hacen son diversas en función de redes de relaciones que afectaban tanto a quienes participaron directamente como a los grupos originarios más amplios a los que representaban y que también tenían sus propias expectativas de beneficios directos o indirectos.

En este sentido es interesante y amplio el tratamiento de las diferentes fuentes para conocer el punto de vista de los ilustrados filipinos en una posición ambigua entre un posicionamiento en el ámbito público a través de los artículos en la prensa y otro en el privado en la correspondencia epistolar. Si bien en líneas generales su preocupación por los efectos políticos de la muestra se imponía a los cuestionamientos humanitarios que la exhibición de la colonia filipina podía suponer (ver Sánchez Gómez 2001).

En cuanto a los aspectos propiamente expositivos el 'leitmotiv' es qué supuso el hecho de presentar una colonia de Filipinos, que contaba con representantes de diferentes grupos étnicos del Archipiélago, en una exposición dedicada especialmente a Filipinas celebrada en el parque del Retiro de Madrid en 1887. Insistiéndose en la singularidad de ésta respecto a otras que la precedieron y la sucedieron.

En relación con la influencia en las prácticas expositivas contemporáneas de la tradición previa en su dimensión divulgativa se pueden señalar por un lado algunas deficiencias frecuentes todavía en exposiciones recientes: la presentación inadecuada por el exceso y la reiteración de elementos que no ayudan a comprender lo que se quiere transmitir. Así mismo se aprecian tres elementos significativos propios de otros contextos que están ausentes en la tradición española.

En primer lugar, la **dimensión comercial**, es decir la producción de una gama de productos divulgativos para el consumo más o menos restringido entre los que se incluyen postales y publicaciones divulgativas como es el caso de algunas exposiciones tanto universales (Hinsley 1991; Müller-Scheessel 2001: 394-395; Lafont-Couturier 2003a, 2003b) como de temática exclusivamente prehistórica (Lafont-Couturier 2003; películas actuales).

En segundo lugar, el **recurso didáctico de los pases de diapositivas** para mostrar al "otro" Russell (2001) como se ha visto reflejado también en algunas películas en las que se muestran este tipo de actividades frecuentes en el contexto anglosajón. Como en la australiana "Rabbit proof. fences" dirigida por P. Noyce en 2002 para poner de manifiesto la decadencia de la población aborigen y justificar las políticas asimilacionistas y en Estados Unidos e Inglaterra para dar a conocer las visiones propias sobre las relaciones y encuentros bélicos la mayor parte de las veces con otros pueblos como se pone de manifiesto en "Buho Gris" dirigida por R. Attenborough en 1999 o "El último samurai" del director E. Swick en 2002.

Y en tercer lugar, la **recreación de ambientes** que si bien inicialmente se comparte esta práctica a la hora de presentar comunidades primitivas, respecto a los dioramas no se generaliza su utilización viéndose interrumpida en cierto modo dicha tradición hasta recientemente tanto en antropología como en arqueología.

Ana M<sup>a</sup> Mansilla Castaño

Departamento de Prehistoria. UCM  
anamansillac@yahoo.es

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DIAS, N. (1997): Modes de voir et modes de présentation: anthropologie et musées au XIX siècle. *Antropologia Portuguesa*, 14: 7-21.
- DIAS, N. (1998): The visibility of difference. Nineteenth-century French anthropological collections. *The politics of display. Museums, science and culture* (S. MacDonald, ed.), Routledge, Londres: 36-52.
- HERAS, C. DE LAS; LASHERAS, J.A. (2003): Venus y Caín. Nacimiento y tribulaciones de la Prehistoria en el siglo XIX. *Revista de Arqueología*, 267: 40-45.
- HINSLEY, C.M. (1991): The world as marketplace: commodification of the exotic at the World's Columbian Exposition, Chicago 1893. *The poetics and politics of museum displaying*. Smithsonian Institution Press (I. Karp y S.D. Lavine, eds.), Washington: 344-365.
- HOFMAN, J-M. (2003): Premières visions du monde préhistorique. *Archéologia*, 401: 22-31.

- LAFONT-COUTURIER, H. (2003a): Fantaisies préhistoriques. *Venus et Caïn. Figures de la Préhistoire 1830-1930* (VV.AA.), Bordeaux, Musée d'Aquitaine (13 mars-15 juin 2003): 138-144.
- LAFONT-COUTURIER, H. (2003b): Souvenirs photographiques des temps préhistoriques. *Venus et Caïn. Figures de la Préhistoire 1830-1930* (VV.AA.), Bordeaux, Musée d'Aquitaine (13 mars-15 juin 2003): 152-161.
- MOSER, S. (1996): Science and social values: presenting archaeological findings in museum displays. *Tempus*, 5: 32-42.
- MOSER, S. (1999): The dilemma of didactic displays: habitat dioramas, life-groups and reconstructions of the past. *Making early histories in musems* (N. Merriman, ed.), Leicester University Press, Londres: 95-135.
- MOSER, S. (2001): Archaeological representation. The visual conventions for constructing knowledge about the past. *Archaeological theory today* (I. Hodder, ed.), Polity, Cambridge: 262-283.
- RUSSELL, L. (1997): Focusing on the past: visual and textual images of Aboriginal Australia in museums and archaeology. *The Cultural Life of Images* (B. Molyneux, ed.), Routledge, Londres: 230-248.
- RUSSELL, L. (1999): Wellnigh impossible to describe: dioramas, displays and representations of Australian aborigines. *Australian Aboriginal Studies*, 2: 35-45.
- RUSSELL, L. (2000): Where is the past? Locating archaeological discourses and narratives in the Melbourne Museum. *The Artefact*, 23: 3-8.
- RUSSELL, L. (2001a): *Savage Imaginings: historical and contemporary representations of Australian Aboriginalities*. Australian Scholarly Publications, Melbourne.
- RUSSELL, L. (2001b): The wonderful beings they had captured: Reading the Exhibition of the Australian Wild-children. *Journal of Australian Studies*, 70: 57-62.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L.A. (1987): La etnografía de Filipinas desde la administración colonial española (1874-1898). *Revista de Indias*, XLVII (179): 157-185.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L.A. (2001): Identidad nacional, nacionalismo y colonialismo: "salvajes e ilustrados" en la exposición de Filipinas de 1887. *Arqueoweb* 3(3). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/>
- VV.AA. (2003): *Venus et Caïn. Figures de la Préhistoire 1830-1930*. Bordeaux, Musée d'Aquitaine (13 mars-15 juin 2003).